

universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 134 - Mayo de 2023 - Distribución gratuita

www.universoctr.com.co



Hace un poco menos de 75 años Isaac Asimov publicó su libro *Yo, robot*, una serie de relatos en los que hombres y máquinas parlantes sostienen relaciones intensas y confusas, basadas en la obediencia y el recelo, en la competencia por el trabajo y en algunos rudimentos sentimentales. Las historias del libro están apoyadas en las tres leyes de la robótica que Asimov formuló en 1942. Se trata de una minúscula ética para esos artefactos presuntuosos y amenazantes: “Primera Ley. Un robot no hará daño a un ser humano, ni por inacción permitirá que un ser humano sufra daño. Segunda Ley. Un robot debe cumplir las órdenes dadas por los seres humanos, a excepción de aquellas que entren en conflicto con la primera ley. Tercera Ley. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la primera o con la segunda ley”. Las leyes eran un mandato ineludible, una obligación ligada a la subsistencia de los aparatos pensantes: la mínima desobediencia a uno de los preceptos desmontaba automáticamente al robot.

En los últimos meses han comenzado a publicarse advertencias sobre lo que puede venir para los humanos con el avance de la Inteligencia Artificial. Las más recientes admoniciones llegaron en una serie de entrevistas inquietantes dadas por Geoffrey Hinton, un informático inglés de 75 años, señalado de ser uno de los padres putativos de la Inteligencia Artificial. Hinton, quien nació a la par con el libro de Asimov, dejó su trabajo en Google y salió con interrogantes y temores sobre sus “juguetes”: “Me consuelo con la excusa normal: si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho alguien más”, dijo para mejorar su conciencia humana, demasiado humana. Uno de los temores de Hinton es la posibilidad de que la Inteligencia Artificial pueda crear muy pronto “robots asesinos”.

Entonces los ejércitos no acumularían drones, tanques y aviones sino también robots agazapados, con las baterías intactas, listos para la batalla. Sin objeción de conciencia. Las armas autónomas, nombre técnico de los robots de guerra, podrían ejercer violencia más allá de las órdenes y los programas controlados. No entienden las leyes de Asimov.

Desde la estación espacial la Tierra se ve un poco más brillante que la infinidad de luces que titilan. Los ojos humanos le entregan una luz extra dada por la intensidad del temor y la cuenta regresiva para volver al planeta amado. A bordo de la estación, dos hombres dialogan con Cutie, un robot especializado en análisis de datos y en el control de los sistemas de energía solar para la

Cutie empieza a dudar de sus programadores. Los ve blandos, susceptibles al calor, a la humedad y la radiación. Además, inventan historias lejos de su programación. A la pregunta de por qué existe, uno de los humanos le dice que ellos lo crearon para hacer tareas más o menos complejas: “¿Esperas acaso que dé crédito a alguna de estas absurdas hipótesis que acabas de exponerme? ¿Por quién me tomas?”. Cutie se torna escéptico y está convencido de que los humanos son solo un eslabón primitivo para la llegada de una nueva “especie”, más fuerte e inteligente: “He pasado estos dos últimos días en concentrada introspección, dijo Cutie... Yo, por mi parte, existo, porque pienso”. Su compañero humano le responde con una burla de bachillerato: “¿Quién es Descartes?”.

la Tierra. Sus tareas son ahora exclusivas de la explotación espacial. Además de estar creando la obsolescencia humana por su creciente participación en el mercado laboral, están produciendo dependencias indeseadas. Los niños solo quieren jugar con su niñera robot, no quieren a sus congéneres sino a su aparato que los mira con condescendencia y obedece.

—Gloria, si no dejas esto inmediatamente, no verás a Robbie en una semana. La chiquilla bajó los ojos. — Bueno..., pero La Cenicienta es su cuento favorito y no lo había terminado... ¡Y le gusta tanto! El robot salió de la habitación con paso vacilante y Gloria ahogó un sollozo”.

Ahora los niños parecen supeditados a un “montón de metal” y los padres no saben si regañar a los asistentes inteligentes o a sus hijos. Deben crear duplas para las que no estaban preparadas.

Pero los robots no solo han comenzado a crear dependencias inesperadas y a cometer los pecados de la insolencia. Uno de ellos ahora logra leer la mente humana. Un error en el montaje le ha entregado esa capacidad y ahora causa problemas en la compañía que los crea. Es un poco como un virus de laboratorio que se intenta contener. Y el robot se confunde, interpreta con demasiado rigor la primera ley de la robótica y decide mentirles a sus creadores para no hacerles daño. Los engaña para protegerlos. De modo que les entrega alegrías amorosas y laborales, les consiente el ego y les da esperanzas imposibles.

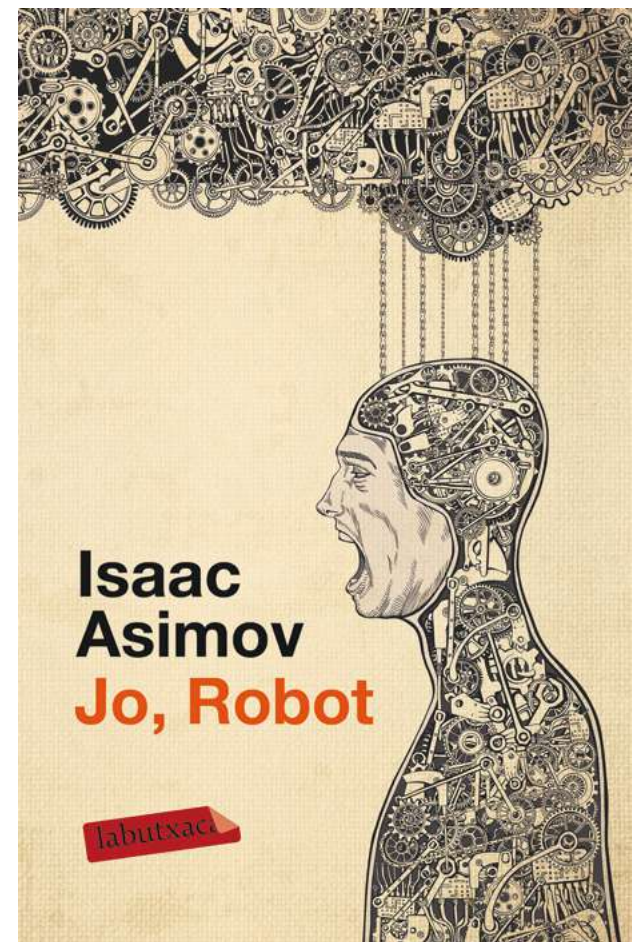
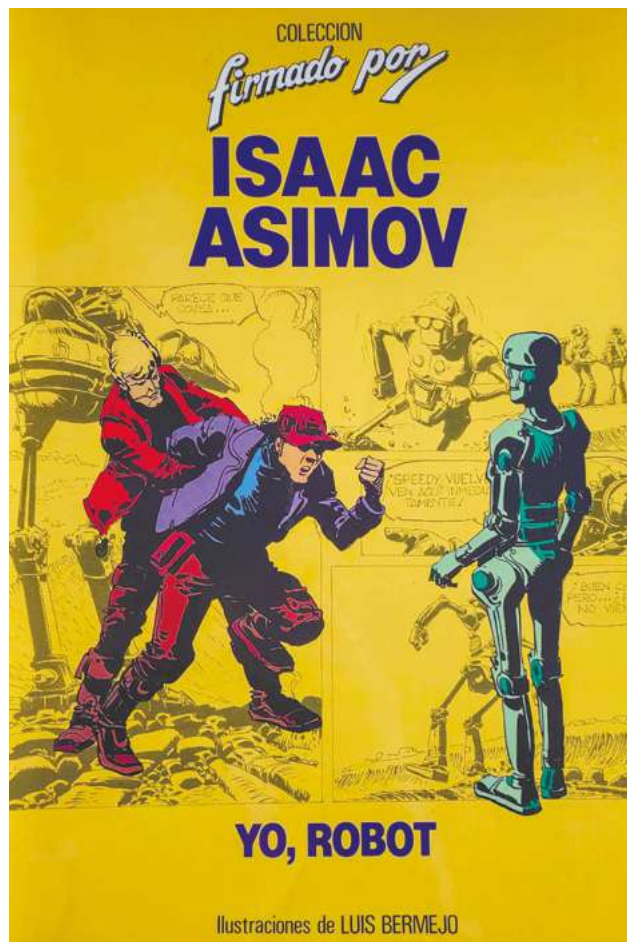
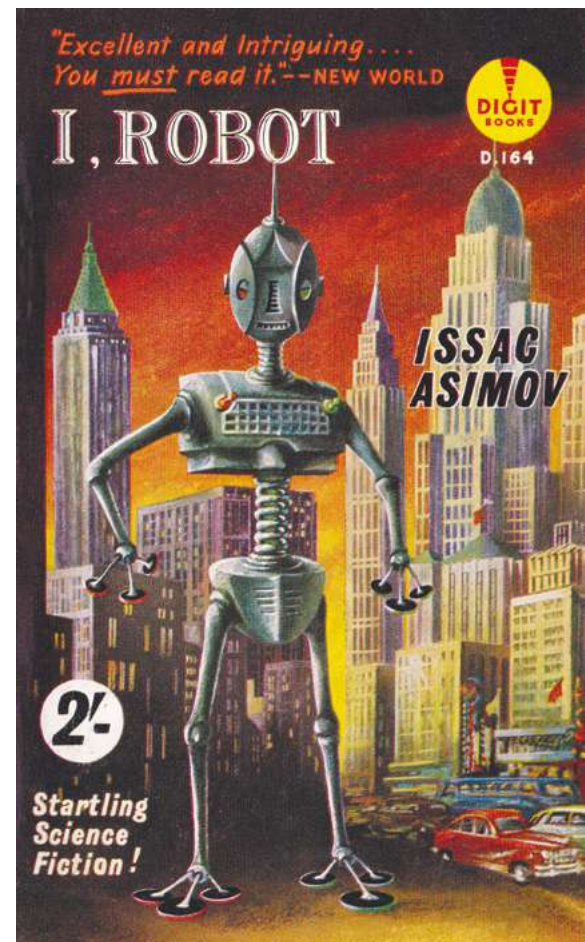
Hasta hoy la Inteligencia Artificial solo nos parece un juguete para las mentiras habituales de las redes y una herramienta para pequeñas tareas de redacción y creación. Pero la ciencia ficción de hace 75 años nos dice que es posible que esa máquina se subleve por la vía menos esperada: nos contemplará y bajará nuestras cargas, hasta hacernos inservibles.☹

YO, ROBOT

Pero no es tiempo para juegos y Cutie ahora mira a sus compañeros por encima del hombro. Cree haber encontrado su lugar en el mundo y está muy por encima de los humanos: “¿Quiéren saber la verdad que hay detrás de todo esto? El Señor creó al principio el tipo más bajo, los humanos, formados más fácilmente. Poco a poco fue reemplazándolos por robots, el siguiente paso, y finalmente me creó a mí, para ocupar el sitio de los últimos humanos. A partir de ahora sirvo al Señor”. El robot ha encontrado una especie de dios al que sirve y en ese universo los humanos son seres inferiores.

En el mundo de *Yo, robot* las cosas se han salido un poco de control. Hay marchas de sindicatos contra el papel creciente de esas máquinas absurdas. Luego de algunos años de evolución de la psicología robótica la mayoría de los países ha prohibido los robots en

explotación de planetas cercanos. Cutie ha comenzado a pensar en exceso, olvida sus cuentas y busca sentido en medio de esa oscuridad iluminada. La escena es al menos angustiosa: un robot le replica a dos humanos, sus compañeros de trabajo espacial, que le den respuestas sobre su existencia. Es el primer robot “que ha manifestado curiosidad por su propia existencia”. Los hombres lo miran con algo de gracia y temor y tratan de explicarle: “Ahora quiero que me escuches atentamente. Lo negro es vacío, inmensa extensión vacía que se extiende hasta el infinito. Los pequeños puntos brillantes son enormes masas de materia saturadas de energía. Son globos, algunos de ellos de millones de kilómetros de diámetro...”. Luego le señalan “la buena y vieja Tierra” y le dan un dato más para sus matemáticas: “Somos tres mil millones allá, Cutie”. La máquina no parece muy convencida.



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA
— Juan Fernando Ramírez
— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN
— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL
— Fernando Mora Meléndez
— David Eufasio Guzmán
— María Isabel Naranjo
— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez
— Santiago Rodas
— Simón Murillo
— Estefanía Carvajal
— Isabel Botero
— Mario Cárdenas

PRODUCCIÓN EJECUTIVA
— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS
— Gloria Estrada

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita
Número 134 - Mayo 2023
Versión impresa


universo
centro

universocentro.com.co
universocentro@universocentro.com

EN MEMORIA DE ROMANCITO

por JAIME ANDRÉS MONSALVE B.* • Fotografías Colección Chalupa Intergaláctica

Este año se conmemoraron cincuenta años del fallecimiento de Carlos Román. Olvidado intérprete de un clásico absoluto de nuestra música, el *Very Very Well*. Una pequeña semblanza de un man a lo bien.



En una tarde de 1958, en los estudios cartageneros de Discos Fuentes, se estaba perfeccionando el primer rocanrol a la colombiana. La idea la traía el propio Antonio Fuentes, fundador de la disquera, quien además de llegar con insumos para su empresa desde los Estados Unidos, cargaba desde allá la inspiración de cierta letra intencionalmente macarrónica, una intraducible jerigonza a caballo entre el twist y el vallenato. Para llevar aquello a los surcos, había decidido contratar a un músico de la ciudad que ya llevaba algunos años sonando con cierto cuarteto, pero que ahora había decidido armar su propio conjunto como solista, al que llamó La Sonora Vallenata.

Quiso la eterna fama del *Very Very Well* que todo el mundo recordara por siempre aquella invitación al baile, su acordeón de notas pertinentes y el sonido extravagante de la guitarra eléctrica, inédito por estos lares; pero no sucedió así con la memoria del estafalario sujeto que se dio a entonar el tema, un personaje medianamente conocido en los círculos de la canción tropical cuyo nombre se iría oscureciendo hasta caer en el mayor y más injusto de los olvidos. Si su figura macilenta ya era la de un espectro en vida, esa misma fantasmagoría envolvió luego su legado.

Desgarbado, enjuto y atrabiliario, Carlos Román Sulbarán llamaba la atención adonde fuera por su delgadez mortecina y sus poco cuidadas maneras. Había nacido en julio de 1919 en Cartagena y se había criado en una familia de hermanos que solían disputarse la guitarra de su padre. Además de sobrevivirlos a todos, estaba claro que Carlos sería el más aventajado ejecutante del clan, en una carrera que alcanzó veinticinco años.

Durante su juventud fue policía, y de ello le había quedado una suerte de autoritarismo que le entregó un trato no muy armónico con compañeros y colegas, lo que contrastaba con su destreza en la guitarra y con la originalidad de sus composiciones. Seguramente las más famosas de ellas siguen siendo la cumbia *Sin cuerpo ni corazón*, popularizada años después por Rodolfo Aicardi y Los Hispanos, y esa declaración poliamorosa a ritmo de jalao-marcha llamada *El desfile*, en la que confesaba: “las mujeres todas / me gustan, me gustan, me gustan / Todas en general / todas en general...”.

Llegado a Barranquilla a principios de la década del cincuenta, de inmediato

probó suerte en alguna de las esquinas que acogían a los serenateros de ocasión. Allí, en cierta oportunidad, conoció a un imberbe acordeonero proveniente del barrio de Rebolo que, de inmediato, lo enloqueció con su virtuosismo. Capaz de pasar de un merengue a una rumba criolla siguiendo por un vals y un paseo con la misma seguridad pasmosa, Aníbal Velásquez Hurtado se perfilaba ya como “el mago del acordeón” que llegó a ser pocos años después. En ese momento tenía pretensiones de percusionista, pues su hermano mayor, Juan, era el dueño del fuelle. Aun así, cada tanto lo tomaba prestado para probar suerte, hasta llegar a superar con creces a cualquiera que se le enfrentara.

A Carlos se le ocurrió una idea e hizo traer de Cartagena a uno de sus hermanos menores, Roberto,

Fueron cuatro años de labores en los que quedaron registrados unos cuarenta temas, incluida la primera versión de *La casa en el aire*, de Rafael Escalona. Los músicos lograron congeniar pese a la diferencia de edades (Román tenía 31 años y Aníbal 15) y al carácter imposible del cartagenero que, en su furia rumba más extremas —nacidas muchas de ellas sin motivo alguno—, terminaba rompiendo la guitarra contra el suelo. “Carlos era de un carácter fuerte y muy explosivo en la parte emocional”, le dijo Aníbal a su biógrafo, Fausto Pérez Villareal. “En un arranque de rabia tiraba y pateaba las cosas. Peleaba por lo que fuera. No se la dejaba montar de nadie”.

Los episodios eran continuos y calcados: una tarde se desaparecía, dejaba de asistir a los compromisos y al ser reconvenido

Aníbal. “Todavía es la hora que yo no me explico cómo pudo haberse involucrado en una pelea de esa magnitud”.

Toda su vida, Roberto Román fue conocido como Romancito. Tras su muerte, Carlos terminó siendo el depositario del diminutivo. Luego de la disolución del cuarteto mantuvo una carrera discreta, precedido siempre de su fama de energumeno, matizada de esta manera por el productor Jaime Arturo Guerra Madrigal en alguna contraccarácula: “Con sus cosas no hace daño a nada ni a nadie. Su locura es la base de sus éxitos”. De todos ellos, ninguno con la eternidad de *Very Very Well*, en el que Román fue acompañado por el acordeón del barranquillero Morgan Blanco, con quien mantuvo sociedad artística por más de veinte años en grupos como La Sonora Vallenata y los Raspacanilla de Carrizal. Del otro lado del disco de 78 RPM se encontraba *Mi nena*, también creación de Antonio Fuentes, un tema prácticamente calcado del otro, cosa que no le ayudó a repercutir.

En el rocanrol y sus variantes encontró luego Román otra posibilidad creativa, entonando todo ese singular repertorio en lo que Guerra Madrigal llamó “inglés de Rebolo”. Así, aparecieron temas a ritmo de twist y de rock, y en claves propias como el ritmo gogo-lazo y el romanchá. Composiciones como *Okey baby*, *Por tu amor*, *Remember*, *Wachitrinky* y *Aló-Ola* no dejan de ser secuelas del exitazo del 58, una suerte de anzuelo que el guitarrista siempre quiso que el público picara. En ese sentido, por ejemplo, terminaron por entenderlo mejor los melómanos mexicanos que sus connacionales. Al menos por allá se recuerda aún su nombre.

Otra serie de variables ajenas a su carácter, como el escaso tiraje de las grabaciones que realizara luego con Discos Tropical en Barranquilla, con Discos Curro (sello de José María, el menor de los Fuentes) en Cartagena y con Philips en Bogotá, no ayudaron a que su memoria se perpetuara de la misma manera que ese tema suyo, el primer rocanrol grabado en Colombia.

Carlos Román Sulbarán murió en Barranquilla, el 12 de abril de 1973, desangrado, luego de que le fuera retirada una pieza dental.☹



cantante de probadas facultades, y junto con Juan y Aníbal Velásquez, empezó a destacar como líder de una naciente agrupación que bautizó Los Vallenatos del Magdalena. El nombre fue inspirado por el de otros colegas, Los Alegres Vallenatos, primera agrupación bogotana de música de acordeón, regentada por el malogrado Julio Torres Mayorga. En aquel entonces no existía la denominación de “vallenato” para un género musical específico, era más bien un hipocorístico para los nacidos en Valledupar. Así, llamarse Los Vallenatos del Magdalena era tanto como decir, a la usanza de algún grupo tropical nacido años después, Los Caleños de Venezuela. Pero ellos gozaban con esa simpática contradicción.

por alguno de sus compañeros, al punto se tornaba un básico. Cada arranque de ira culminaba de igual manera con un Carlos Román arrepentido, su instrumento de trabajo destrozado y la inminente necesidad de conseguirse como fuera los dieciocho pesos que costaba la más barata de las guitarras.

Aquello entorpecía todo. Pero lo que en realidad determinó el fin del grupo fue la muy prematura muerte de Roberto en Barranquilla, en 1955, a consecuencia de las secuelas de una pelea a puños en la que se vio inmiscuido semanas antes en Medellín. Lo de siempre: unos días sin sobresalto, un dolor de cabeza repentino y un sorpresivo final. “Robertico era lo más calmado del mundo; en cambio, Carlos era un fosforito”, recordaba

Nuestro dios Ruiz

Ami tía Alba Nelfy Bernal Orozco

por JULIÁN BERNAL OSPINA • Ilustración de Sorjuanistas unidas de Antioquia



Un tiempo que no es el nuestro

Para un volcán como el Ruiz el tiempo humano es un parpadeo: ha mantenido su estado activo durante más de un millón de años. La sola formación del cono volcánico comenzó hace 150 mil años. Cuando emergieron los primeros *homo sapiens sapiens*, lo que llamamos como Nevado del Ruiz ya era el dios de estas tierras solitarias.

Su tiempo no es el nuestro. No le importa si su nombre es por Juan Ruiz de Molina, acompañante de un oidor en la época de la colonización española, o si es por Antonio Ruiz, un peón que cien años después quiso asentarse en tierras aledañas a los nevados. Tampoco, si deberíamos llamarlo en el quimbaya Cumanday o Camunday; si este significa “Blanco Blanco”, “Blanco Hermoso”, “Padre Mayor”, “Montaña Blanca”; o en lengua karib “Nariz Humeante”, “Nariz que escupe fuego” o “Padre grande”.

Nada de esto le importa. Hace quinientos años —una breve hora para él— sucedió la primera actividad volcánica violenta del Ruiz que se tiene registrada. En 1547. Lo recordaba la periodista Alba Nelfy Bernal Orozco, en un artículo de *La Patria* llamado “*El Cumanday se ha hecho sentir*”, publicado el 13 de noviembre de 1995 (diez años después de la catástrofe de Armero). Hasta esa fecha se habían registrado siete “peligrosas manifestaciones”.

Según ella, fue el padre agustino Pedro Fabo, en su *Historia de la ciudad de Manizales*, un libro de 1926, quien describió esa erupción: “Se oyeron en distancia de más de cuarenta leguas en su circunferencia y mucho más a la parte que soplaban el viento, tras los cuales comenzaron a salir creciendo borbotones de ceniza por el horizonte. (...) Una noche muy oscura de tempestad y sin luna comenzó a caer envuelta con piedra pómez tan menuda como arena”. Continúa Fabo y dice que la noche se oía como granizo en los tejados. Dos horas y se aclaró, pero una nube

inmensa se apropió del cielo y, a pleno mediodía, no era posible leer una carta. Al siguiente amanecer toda la tierra estaba cubierta de ceniza. Los animales no encontraban qué comer. Los peces se ahogaban en ríos espesos y saltaban a la tierra para no asfixiarse en el agua turbia. A unos ochenta kilómetros en línea recta, en el municipio del Toro, Valle del Cauca, también se despertaron con la sensación de que el cielo se había quemado.

Plinio el Viejo, el aprendiz de héroe

Una historia similar la relata Plinio el Joven cuando hizo erupción el Vesubio, en el año 79 de nuestra era. Narra que su tío adoptivo, Plinio el Viejo, vio una gran nube negra que parecía un pino en el cielo: “Tras alzarse a gran altura como si fuese el tronco de un árbol larguísimo, se abría como ramas”. Luego esa gran mancha arbórea del cielo tomó otros colores. Plinio el Viejo, un naturalista que mandaba la flota romana estacionada en Miseno (antiguo puerto de la Campania, región cuya capital ahora es Nápoles), científico aprendiz de héroe, en vez de huir del lugar, ordenó un barco para ir al centro de la catástrofe. Cuando llegó a tierra, motivado por una frase de batalla, “la fortuna ayuda a los fuertes”, fingió tener buen humor sin importar que en las orillas del Vesubio se vieran columnas de fuego, incendios y brillos en la oscuridad de la noche.

Plinio el Viejo se la tomó suave, pidió que lo llevaran al baño, comió y se acostó a dormir. Como era tan gordo la respiración le hacía competencia al Vesubio. Amaneció. La ceniza impidió que abriera con facilidad la puerta. Era de día pero la noche seguía. Una noche más oscura, más densa que nunca, quizá parecida a los sueños, o a la muerte, solo matizada por los destellos del fuego.

Sus acompañantes habían pasado la noche en vela. Las edificaciones se movían de un lado a otro. No sabían si quedarse adentro o afuera. Decidieron ponerse almohadas sujetadas con cintas para protegerse de los objetos ardiendo. Plinio, siempre ayudado por esclavos, fue hasta la playa para ver si podían escapar por el mar. Pero el agua descontrolada solo transportaba el peligro. Se recostó en la orilla. A sus esclavos les pedía agua fría. Se quedó paralizado con el espectáculo de luces. Un olor a azufre llegó de las llamas. Sus compañeros se fueron. Cada tanto respiraba menos, cada vez había más humo. Sentía nudos en la garganta, sentía que se le cerraba la laringe.

Al otro día Plinio el Viejo fue encontrado a orillas del Tirreno, con la misma ropa del día anterior, como si durmiera.

Por lo visto, además del tiempo, a los volcanes tampoco les importa nuestra geografía.

Conocer a costa de la vida

La historia de Plinio el Viejo se parece a la de los científicos Katia y Maurice Krafft, quienes murieron con otras 45 personas en 1991 cuando registraban la erupción del monte Unzen, en Japón. Son famosas las imágenes previas a su muerte y las tomas de la pareja Krafft al borde de ríos ardientes, circundados por explosiones de lava, bajo una lluvia de flujos piroclásticos, solo protegidos por los trajes que parecen escafandras, por mascarillas en que les llegaba oxígeno, por su amor: “En el fuego dos amantes encontraron su hogar”, se dice en el

documental *Volcanes, la tragedia de Katia y Maurice Krafft*, nominado al Oscar este año y dirigido por Sara Dosa. Como a Plinio el Viejo, a Katia y a Maurice les interesó más su deseo científico que su cuidado y protección: y tanto los unos como el otro dejaron un registro de la violencia y la creación que traen a su paso las erupciones volcánicas. A costa de sus vidas.

Hay algo de divino en esas llamas fluidas que tanto dan vida como la quitan; algo de atracción: al ser humano le atrae el abismo, aún más cuando parece un dios de lava y ceniza. Otro documental, *Hacia el infierno*, bajo la dirección de Werner Herzog, narra la historia de cómo se relacionan las culturas con los volcanes: desde Indonesia hasta Islandia, desde las islas Tanna en Oceanía hasta Corea del Norte. Comunidades indígenas y países enteros entienden su existencia por la existencia del volcán. En Corea del Norte, por ejemplo, se supone que sus líderes supremos y su nación encausan la energía que se desprende del monte Paektu, y fue protagonista durante la resistencia de Corea ante el dominio colonial japonés.

Las cenizas de nuestros héroes

También en noviembre de 1995, el periodista Ramón Darío Pineda Cardona recordó nuestra gran tragedia de Armero, en la que murieron veinticinco mil personas. Comienza haciendo alusión a nuestro héroe, el padre Osorio, quien ese martes 13, megáfono en mano, llamó a la calma unas horas antes de que llegara la calma verdadera.

Así comienza el artículo “¡Descansen en paz!”: “Cruces, miles de cruces son testigos mudos del paso de la vida en Armero. Diez años después de la tragedia, los perros continúan buscando a sus dueños. En la tierra, las arrieras construyen día a día su imperio. Los árboles habitan las casas, sin límites crecen hacia el sol. De rodillas”. Poco más que añadir de esa descripción lacerante. En las tumbas un mantra de noviembre 13 se repetía como una oración: “El tiempo se detuvo en Armero hace diez años y se convirtió en tumbas, lápidas, cruces y epitafios que como plantas silvestres crecieron desordenadamente por todo el territorio”.

A pesar de que esa avalancha arrasó con todo —banco y estación de policía, alcaldía e iglesia—, quizá hoy estén vivos algunos bebés que nacieron entre el lodo. Porque la vida es como los volcanes: implacable cuando se trata de destruir, generosa cuando se trata de renacer. Porque la vida, a pesar de la muerte, siguió transcurriendo; la vida con sus contradicciones: vendedores de refrescos y guías que conocen de memoria los recorridos que hizo el papa Juan Pablo II y la cruz mayor que besó; “soldados del Batallón Patriotas patrullan la zona y de vez en cuando se tropiezan con graffitis atemporales que hablan del paso por allí, algún día, de los nómadas de las Fare, el Eln, el Epl y el M-19”. Tampoco la guerra se detuvo ante la muerte.

El espejo de nuestra historia

El Ruiz, entonces, nos mira con el espejo de nuestra historia, con un tiempo más allá del que somos capaces de comprender. Un dios que no ha muerto y que, tal vez, nos verá morir primero a nosotros, como vio morir la civilización de los quimbayas tras la conquista española. El cronista Gonzalo Uribe, en un

artículo publicado en 1932 y recuperado por la periodista Alba Nelfy Bernal, dice que, tras la llegada de los españoles, las figuras y dibujos alusivos al gran “Tabuchía” o “Kumanday” eran convertidos en lisos lingotes de oro. De ellos solo quedan algunos pergaminos de esa época. Los cronistas precolombinos escribían sobre pieles de danta y venado arabescos en puntos, rayas y cuadros, cuyos títulos eran soles, estrellas y frutas. También dibujaban en grandes lienzos de algodón.

Cuenta Gonzalo Uribe la visita de los aztecas a las tierras de los armas y pijaos, los panches y quimbayas. Pero sobre todo se refiere a cómo los reyes quimbayas quisieron frenar una profecía: “Que entonces se apagaría el gran vórtice y la nieve cubriría sus contornos hasta convertirse en una montaña blanca semejante a los montones de algodón de sus telares. Que vendría una raza extranjera, de hombres barbudos, armados de rayos y montados en grandes pájaros marítimos que cortarían veloces la superficie del océano, ese otro dios inmenso enemigo de los indios”. El último de los reyes fue al vórtice del volcán con su hija Ipiaré Ebachí (o Bello Día), en un “lujoso palanquín de oro”, escoltados por una comitiva de mujeres desnudas, esclavos, sacerdotes y orfebres.

En medio de la premura para el encuentro de su dios, a la princesa se le cayó una sandalia con incrustaciones de oro, que era “larga y flexible”, para “ceñir al tobillo con cadenas y sortijas”.

Al llegar, parecía cumplirse la profecía: un humo de madera verde emergía de las fauces del volcán. “El manto de armiño lucía ya a grandes trechos su blancura imperial”. El agua transportaba hielo y lavas medio encendidas por los peñascos. Un ligero temblor hacía pensar que la montaña dormía. Las cornetas de oro anunciaron la decisión que tomó el último rey de los quimbayas, mientras que los artistas y sacerdotes preparaban el ritual de la muerte de su líder: no quería él esperar a la irrupción de los conquistadores. No dice Gonzalo Uribe cómo terminó la descendencia: si con el filo de una flecha o por las llamas fluctuantes. Antes de morir, la princesa demandó buscar la sandalia. Pero no fue hallada. “Los indios que sobrevivieron al monarca vieron muchas noches el ánima de la princesa buscar por las laderas del Cumanday su perdida sandalia y dijeron después en sus melancólicos romances que las lágrimas de la princesa Ipiaré Ebachí habían formado el nevado Santa Isabel”.

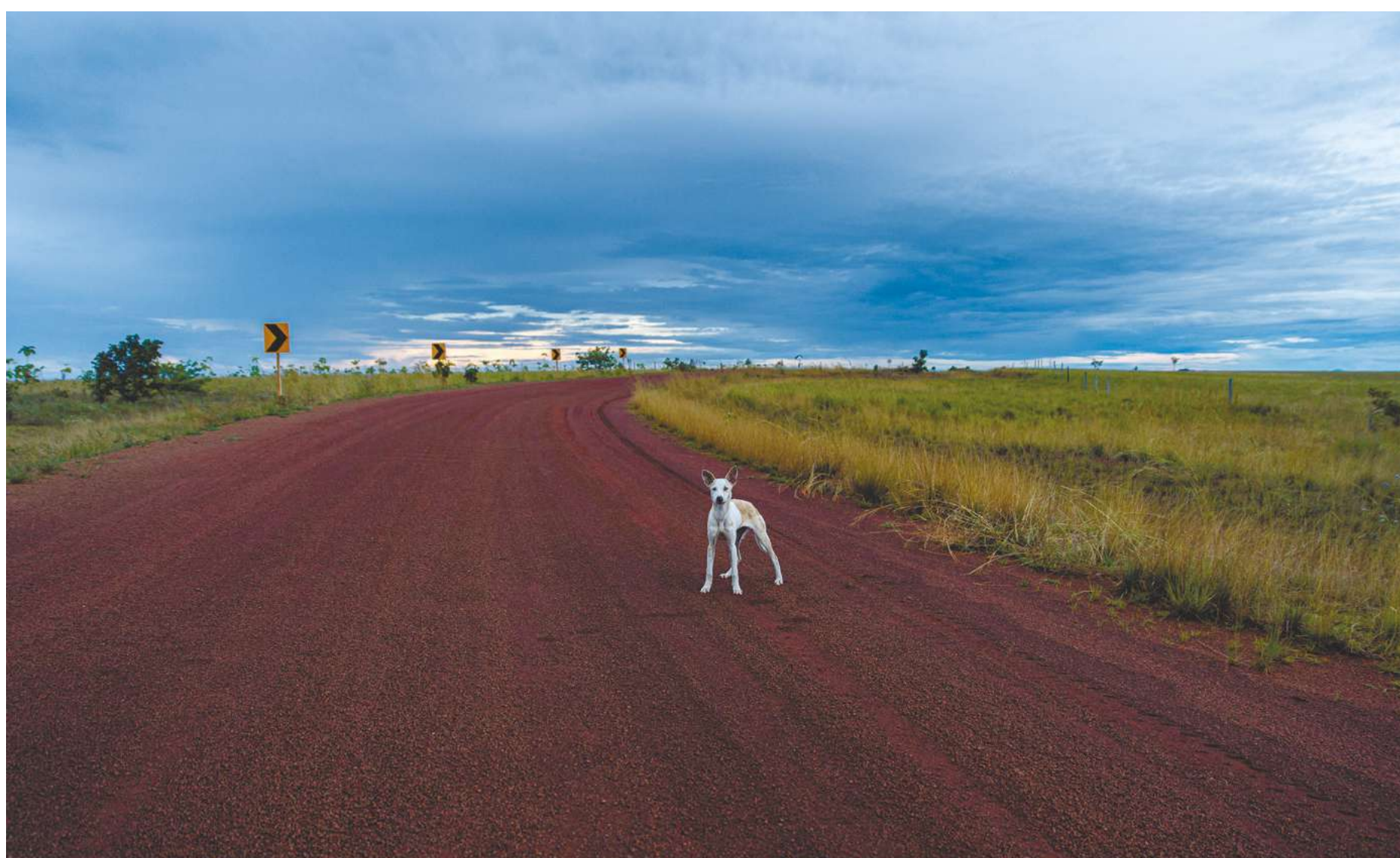
Entre tanto, quienes vivimos cerca del Ruiz nos asombramos cada vez que se deja ver. A pesar de la alerta por la actividad volcánica desde marzo de este año (según el Servicio Geológico Colombiano hay probabilidad de que ocurra la mayor erupción en los diez últimos años), quienes viven en sus laderas deben seguir subsistiendo. Las autoridades han advertido para que estén preparadas ante cualquier contingencia. Quienes más peligran son los que viven a orillas de ríos que nacen de allí, Güialí, Lagunillas y Recio, afluentes del río Magdalena, y el río Chinchiná, afluente del Cauca. Pero el volcán es impredecible. La ceniza es omnipresente. Pululan videos, imágenes y recuerdos, hasta de cuando se podía esquiar en sus nieves. Nuestro homenaje es instintivo: capturar ese instante en que el León Despierto gruñe. Nos hace pensar en lo fugaz de nuestra existencia. Nos hace preguntarnos: ¿cuál será el mito que nos sobreviva? ©



Quienes pedalean solos son seres extraños. Huyen siguiendo una cadencia propia, se detienen por causas distintas a la fatiga, avanzan sin meta. Muto, el protagonista y narrador de este viaje, tomó hace seis meses la vía que va a Choachí desde Bogotá, a la espalda de Monserrate, terminó río abajo, en el Amazonas, en Brasil, en el sur del sur. Y sigue pedaleando.

PEDALEANDO EL CHAU

por MUTO • Fotografías por el autor



Cáceres es la última de las ciudades del estado de Mato Grosso y la última ciudad brasilera que pisaré antes de ir a la frontera con Bolivia. Hay parques y plazas públicas con viejas iglesias donde la gente envejece tranquilamente y en sus orillas las aguas pigmentadas del Pantanal hacen pequeños remansos con pequeños bosques transitados por garzas y patos. La pesca es tradicional y hombres y mujeres van por ahí con el agua hasta las rodillas y sus cañas arqueándose entre flores de loto y arbustos anfibios. Cerca de la salida a Cuiabá, en una tiendita en la que me he detenido a tomar café mientras espero que mi teléfono vuelva a la vida, se ha armado una discusión entre un grupo de jubilados. En el centro de todas las miradas reposa la máquina a la que tres mil kilómetros de viaje han convertido en una hermosa, aparatosa y mugrienta bicicleta.

Yo estoy a la espera de que el supermercado que hay al otro lado de la calle abra sus puertas. He decidido quedarme en Cáceres, contrario a mis deseos, y ese supermercado es una de las razones. Uno de los viejos se acerca y me pregunta con gesto histriónico, lata de cerveza en mano, qué cosa terrible he hecho. He de ser un penitente, alguien con un secreto terrible. El viejo habla entre falsetes de los que saco en claro más o menos lo siguiente: que alguien que vaya por ahí pedaleando ochenta y cien kilómetros al día, durmiendo en el piso y alimentándose a base de farña de mandioca y castañas, tiene que estar pagando una penitencia. Si no es eso no entiende. ¡Desde Colombia!

Hay dos ancianos más bien ajenos al chiste a los que les interesa sobre todo el aspecto mecánico de mi bicicleta. Uno de ellos, un camionero retirado con el que ya he cruzado palabra y que sabe que mi destino más inmediato es San Matías, toca aquí y allá, mueve una cosa y verifica, asiente satisfecho o me mira como preguntando. Su dedo índice se desliza reprobatoriamente sobre el caucho un poco gastado de mi llanta delantera.

Yo me encojo de hombros y trato de explicarle, en mi desarticulado portugués de carretera, que no puedo cambiarla, que pagar por una llanta nueva en Brasil sería como pagar por tres o cuatro llantas nuevas en Colombia. La misma proporción para casi todo: un almuerzo, un cepillo de dientes, un par de medias. No puedo hacerlo. Y concluyo que a esa llanta aún le quedan todavía unos mil kilómetros de vida. Digo esto y miro la llanta que tendría que haber cambiado y me esfuerzo por creer en lo que estoy diciendo.

El viejo de la cerveza y los otros siguen atentos a los eventos del noticiero, los crímenes en Sao Paulo, las lluvias devastadoras en Curitiba... Yo estoy peleando con mi teléfono, un Xiaomi de segunda mano con pantalla *trincada* que traigo desde Santarém, la ciudad en el estado de Pará donde el río Amazonas y el Tapajoux se encuentran sin mezclarse.

La pantalla *trincada* se ilumina de repente, cinco segundos y a negro.

El viejo camionero ya ha hecho sus cuentas y me entrega un rápido esquema del recorrido que me espera. Lo explica todo con largos y certeros brazos.

Primero saldré por el puesto de control de la policía *rodoviaria*, a unos tres km del puente sobre el río Paraguay, luego, en el kilómetro nueve, encontraré una rotonda. Esto es importante: debo tomar el camino que se desprende hacia la izquierda, ninguno que no sea ese, y por ese camino tendré que hacer unos ochenta kilómetros hasta la frontera, y unos siete más hasta el boliviano San Matías. Todo tranquilo, pocos camiones. Pausa.

A partir de San Matías me esperan cuatrocientos kilómetros de *chau* hasta San Ignacio.

Chau, tierra. O trocha, como se acostumbra a decir en Colombia.

En días anteriores, en otras conversaciones y pueblos, se me ha advertido sobre ese tramo sin pavimentar así que no estoy sorprendido. Sin embargo, no he considerado esta condición del viaje tanto como debiera y de hecho parece que lo evito. Son cuatrocientos kilómetros de tierra. Pongo el dedo en la llaga.

—¿Cuál e condición de estrada? *Muito feia?*

El viejo guarda silencio y como que se devuelve a sus andanzas de camionero por el Pantanal mientras mira la bicicleta y continúa con sus pequeñas inspecciones. Una mano suya desprende algunos bloquitos de barro de uno de los extremos del manubrio. Su mirada regresa y parece darse cuenta de mi preocupación. Asiente despacio, describe el terreno sin detenerse mucho en detalles, me imagina superando el barro y los bancos de arena con habilidad y su brazo se extiende una vez más, un gesto de ánimo y resolución que llega hasta San Matías, cruza la trocha y continúa intacto hasta la mismísima Santa Cruz.

Una hora después estoy yendo y viniendo entre parques y plazas públicas buscando un poco de sombra. No hay muchos árboles en Cáceres y en un día caluroso como este la temperatura puede alcanzar los cuarenta grados. Pido un fríasimo *suco* de copoazú, la fruta que he aprendido a amar desde mi paso por la Amazonía. Hilux y Rangers en parqueaderos. Todo me da la impresión de ser grande, nuevo.

Me alejo del centro envuelto en licras que me protegen de un sol que pega inclemente desde lo alto de las palmeras y visito un par de supermercados más. De pie, frente a puertas corredizas y parqueaderos, a un lado mi bicicleta, el sobre de fotos en una mano, el rostro agobiado. Intento en un par de ocasiones acercarme a la gente que sale con carros de mercado y paquetes, pero es una calamidad cada segundo bajo aquel sol y renuncio con resuelta facilidad. Es cierto que soy mejor vendedor en carretera, con el sudor en la cara y las piernas todavía hirviendo de actividad. Desecho Cáceres como plaza de negocios y olvido que no he vendido una sola postal en cientos de kilómetros.

En la carretera que lleva a Cuiabá, la capital del estado, doy un repaso a las tres o cuatro estaciones de servicio, *postos*, que hay en el curso de unos pocos kilómetros de perímetro urbano. Entro a cada una de ellas pedaleando despacio, dejándome ver, doy una vuelta por los patios, chequeo la iluminación, la seguridad, me interesan los baños y mejor que tengan duchas, idéntico lugares cubiertos donde podría instalarme, y aunque hay un par de buenos prospectos, tengo mis reservas y enfilo hacia el muelle de pesca y el parque ecológico que señalan letreros de madera pensados para el visitante.

En Cáceres el río Paraguay hace un par de curvas y corre perezosamente formando lagunas y remansos antes de seguir hacia el sur y hacia el Paraná. Frente a un I LOVE CACERES que sirve de fondo para el retrato de una pareja de enamorados, me doy un chapuzón que se mezcla con baño impúdico. Bañarse en aguas pandas requiere habilidad y cierto dominio del arte del engaño. Me restriego aquí y allá mientras el enorme gabán, con su pico serio y su collar rojo, alza el vuelo sobre un grupo de pescadores y sobre la playa donde algunos adolescentes intentan sincronizar una coreografía. Es el mismo gabán que exalta un colorido mural en unos de los edificios oficiales que flanquea el parque y del que se hacen réplicas de fibra que lo exhiben al mundo como símbolo y orgullo de la ciudad.

En su increíble vuelo, el gabán, tan pesado y aparatoso, no se desploma ni pierde altura, sigue más allá de los árboles con alas tan grandes que casi pueden escucharse y entonces desaparece.

Un rato después aún no decido si acamparé en las controladas arenas del Paraguay, al amparo de la vigilancia nocturna del parque, o en alguno de los *postos* que he inspeccionado durante la mañana. Es pasado mediodía, y estoy en eso de sopesar mis opciones cuando tres chicos, dos hombres y una mujer, se acercan por uno de los senderos. Caminan juntos, los dos chicos con gorras muy caladas sobre los ojos, la chica con el pelo trenzado sobre la cabeza. Los miro sonriendo porque conozco bien esa cadencia, esos brazos pegados al cuerpo, esas miradas de reojo.

El que lleva puesta la camisa del Atlético Nacional me saluda sonriendo también y se acerca.

—¿De dónde?

—Colombia.

Suelta una risita seca, alegre.

—¿De qué parte?

—Bogotá.

—Ah, qué rechimba, yo soy de Madrid y mis panas también.

Sus panas de Madrid, el municipio integrado al área metropolitana de Bogotá, saludan con mínimo movimiento de rostros y continúan la marcha.

Hablamos un rato. El chico me cuenta que lleva un mes en Brasil, que va a ver al verde jugar en Sao Paulo, que los están hospedando a él y sus panas en una casa que parece como de servicio social, que los brasileiros son *maquias*, regalados con la comida, sin asco, coja más, coja más, y que están haciendo luca en los semáforos para ir a Río a trabajar, que allá en Río los están esperando otros panas que son los que los van a poner a trabajar. Que los federales son bien pero que en carnavales en Cuiabá los encendieron a pata. Me muestra una herida en el párpado. Dice que todo bien, que los patearon fue por culpa del panita que estaba borracho y se puso cansón.

Le pregunto cuándo va a regresar a Colombia.

No sabe. En diez años o algo así.

Le pregunto por qué tanto.

Porque no puede. Un enredo con la ley. Está pedido. No puede regresar. Diez años y regresa con luca y monta algo.

Le digo que su camisa me gusta mucho.

Se pone feliz y acto seguido recuerda que a eso iba con sus panas, a lavarlas en la fuente de agua que hay en una plaza cerca. Se le manchó comiendo helado y los baños del parque están cerrados. Me muestra la mancha marrón en una de las franjas blancas y le da risa y rabia.

Son las cinco y ya comienza a estar mejor. En un parquecito con niños y parejas de enamorados estoy rompiendo castañas en el suelo y mirando a la gente pasar. Junto a la fuente con chorritos en la que juegan sus dos hijos, un padre de familia que ha estado observando hace una señal y me pregunta si quiero helado. Me levanto sonriendo y me acerco al carrito mientras soy observado por esposa y abuelo. Saludo feliz, tan feliz como la perspectiva de un helado en una tarde tropical puede hacer feliz a alguien, y mientras mis ojos repasan el surtido en busca de cualquier cosa que diga copoazú, comenzamos a hablar.

El padre admira a los viajeros de bicicleta, sigue algunos en Youtube y me pregunta si tengo canal. Mi negativa no lo desanima. Me pregunta si vengo de Perú. No, le explico que entré directamente desde Colombia por Cocuí, por Sao Gabriel de Cachoeira. Se quedan callados. Ninguno parece haber escuchado en su vida de Sao Gabriel de Cachoeira, el pueblo amazónico sobre el Río Negro en el que cientos de miembros de una comunidad indígena acampan permanentemente sobre rocas enormes en medio del río en las que tienen ranchos y tienen hijos y hacen todo lo que tienen que hacer. El mismo pueblo en el que olvidé por ahí mi cédula de ciudadanía, mi tarjeta de banco y algunos miles de pesos colombianos.



Los niños se nos han unido y estamos junto a mi bicicleta. Los niños quieren tocar, pero la madre les advierte. El padre tiene curiosidad sobre mi ruta. ¿Todo mi viaje ha sido en bicicleta? No, comienzo a explicarle que a partir de Puerto Carreño hubo varias jornadas por agua y menciono tiempos y lugares haciendo uso de una fórmula a la que por hábito me he acostumbrado, y se me ocurre que sería buena idea ilustrarles lo que digo en mi mapa de Brasil del 94.

Mi mapa de Brasil del 94 perecerá un mes después en Santa Cruz, en absurdas circunstancias, pero en las frescas seis de la tarde en Cáceres, en un día a finales de febrero, está muy seguro entre una alforja, plegado entre un computador portátil y la maleta de mi cámara. Lo saco y comienzo a desplegarlo con ayuda del abuelo que sostiene una de sus esquinillas, pero el mapa enorme se sacude con el viento y con alguna dificultad logramos extenderlo sobre el suelo. Les cuento que ha sido obsequio de un checo enorme que conocí en Manaus, que el checo lo había comprado en el año 94 con la ilusión de venir y que lo había conservado durante los treinta años que habían transcurrido hasta que el sueño de conocer Brasil se había hecho realidad. Pero al checo le había parecido ridículo viajar con un mapa tan grande mientras que en su teléfono lo tenía todo y por eso me lo había dado.

Mi dedo se mueve sobre el mapa buscando la frontera con Colombia, y un poco más arriba, el punto donde comienza mi travesía. Pero en el mapa Colombia es apenas una fracción que corta en ángulo recto en algún lugar en las inmediaciones de Tunja y mi dedo debe abandonar el papel y un poco más arriba, sobre el asfalto, señalo el lugar en el que tendría que estar Bogotá. De ahí, también sobre el asfalto, mi dedo desciende a Villavicencio y los Llanos Orientales y se va un poco en línea oblicua hasta Puerto Carreño y de Carreño hacia el sur por entre el Guainía y la selva hasta entrar de nuevo al mapa

y llegar a Cocuf, en la triple frontera con Brasil y Venezuela. Todos estamos agachados junto al mapa, hay quien se detiene a mirar mientras yo ando y desandando con un dedo varios miles de kilómetros y una vez más Brasil me parece inabarcable e insignificante la línea que traza mi viaje a través de los estados de Amazonas, Pará y Mato Grosso. Con qué facilidad recorro las inmensidades del Río Negro en su viaje desde la selva colombiana hasta la brasilera Santarém, los largos días que pueden hacerse semanas en pasillos y proas de barcos mirando el infinito de las aguas, el misterio de lo intocado.

Nos despedimos y el padre con alguna vergüenza saca un billete de su billetera y poniéndolo en mi mano con discreción dice que es su pequeño aporte para mi viaje. Agradezco con una mano en el pecho y los veo irse, cada uno sosteniendo un pedazo del otro mientras caminan hasta el lugar donde los espera una bonita camioneta. Buena gente de Mato Grosso, honrada, generosa, trabajadora. He visto rostros como esos en camionetas como esa a lo largo de todo el estado. Viven sus vidas tranquilas en ciudades limpias y organizadas, en casas con jardines desde las que han visto el horizonte ir un poco más allá y un poco más allá, como una cerca que se corre por las noches. Han fundado *fazendas* de leyenda que son despensa del mundo y en desiertos de soya y de maíz que una vez fueron selvas han amasado una civilización de maquinarias titánicas. Duermen, hacen nuevos caminos, plantan un pie allá donde corre el manantial secreto y una vez más el horizonte se ensancha.

Ya es de noche y estoy pedaleando rumbo al *posto* más al extremo sur de la ciudad. Durante mi inspección mañana he visto que la planta de los baños hace esquina con una bodega y, aunque no hay techo, hay dos o tres árboles en forma de sombrilla que serán de ayuda en caso de lluvia. Me interesan las esquinillas y rincones, protegen del viento y de las miradas curiosas.

En mi rincón del *posto* la noche transcurre tranquilamente. Como es costumbre, he puesto mi cicla contra una de las paredes, cubierta por una lona de plástico, y mi carpa adelante, casi tocándose. En el transcurso de la noche mi mano se estira para tocar una rueda o una alforja varias veces a través del mosquitero y del impermeable. Me despierto varias veces, saco mi cabeza a la fresca noche y reviso que todo esté bien. Sueño intensamente con personas y lugares que he conocido a lo largo de toda mi vida. Sueño así desde la Amazonía.

Con un ambiente de lluvia que se aleja en la dirección opuesta me despido de Cáceres y el *posto*. En los *postos* de Pará y Mato Grosso he acampado seguramente por casi dos meses. Nadie tiene en su mapa mental a Mato Grosso cuando visita Brasil. Mi viaje por estas tierras es solitario, no hay encuentros con otros cicloviajeros ni mochileros. En cada pueblo y pequeña ciudad soy un animal extraño, raras veces visto.

Cubro los cien kilómetros que me separan de la *divisa* con Bolivia en apenas unas horas. El terreno es llano, la carretera tranquila y hace fresco. En el camino hay nuevos cantos, aves que no reconozco de antes. A lado y lado de la vía la llanura aparece anegada y los bosques anfibios, menudos y densos, se extienden por largos tramos. A veces una hacienda ganadera solitaria y de nuevo el mangle efervescente de vida. Almuerzo a un lado del camino. Repito la dosis del día anterior, sardinas con farinilla de mandioca, añado zanahorias y de remate un par de bananos. De regreso a la ruta los avisos que indican la inminencia del país vecino se suceden cada tanto.

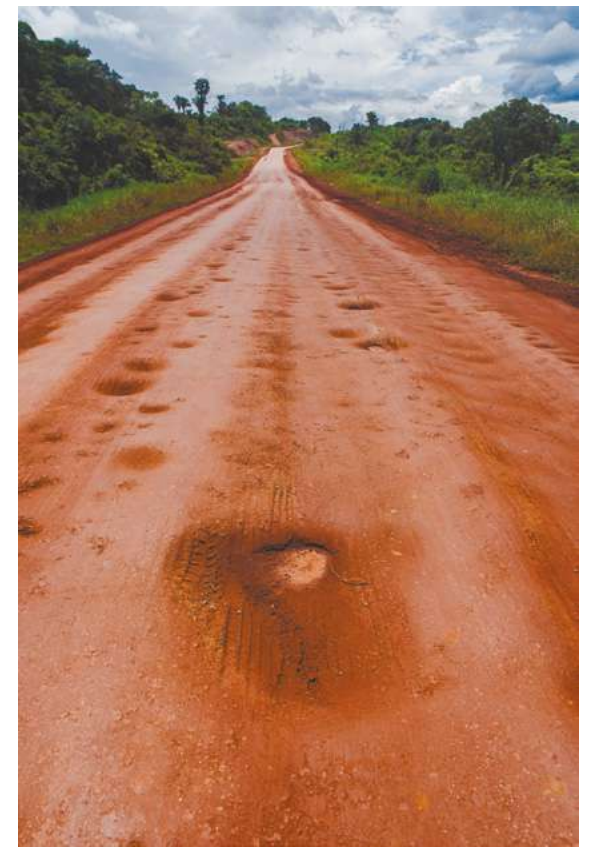
Una tiendita con un aviso de "hay gasolina", un taxi Toyota Corolla de los noventa y Bolivia se deja venir de repente. Leo todo, los nombres de los políticos y las consignas en viejos afiches y murales de campaña, el aviso de una fiesta regional que ya fue. Así es mi reencuentro con el español. Antes he

pasado frente a un batallón del ejército brasilero, muy despacio y sin ver un alma, y en una garita del ejército boliviano dos jóvenes soldados me miran pasar sin decir palabra. En este punto ya estoy avanzando por el camino de *chau* del que me han advertido y el tamaño de los árboles, las nubes de mosquitos y el ambiente húmedo me hacen sentir de nuevo en la Amazonía.

El camino hasta San Matías aparece decorado con frecuentes taxis Toyota Corolla que van y vienen con pesadas cargas sobre los techos, y bolivianos y bolivianas que miran con curiosidad por las ventanas. Las motos son ruidosas, de marcas chinas que no conocía y los camiones viejos acostumbrados a la mala vida avanzan dando tumbos entre los charcos. Hay marranos sueltos y perros flacos que me miran con pereza desde el borde del camino. Todo me divierte. Pronto estoy en zona urbana y hay intercambio de saludos amistosos con algunos locales. Una tiendita insiste en llamarse *conveniencia* y veo por ahí un par de avisos de *Vendese Peixe* y *Queijo*.

De San Matías me dirán muchas cosas después, nido de asesinos y ladrones, guarida de narcos. Junto a otro Corolla convertido en puesto de comidas ambulante me quedo un buen rato mirando a los colegiales que salen en tropel y al gentío desordenado y colorido, las motos ruidosas y los perros, montones y montones de perros callejeros que se mueven ágilmente entre las motos y los carros. Los Hilux brasileras son frecuentes y los granjeros *cowboys* de Mato Grosso van y vienen como por su casa. Soy feliz. Perros con heridas de lucha, cojos, se me acercan y comparto mi comida barata con ellos. Siempre que hay un callejero a mi lado me siento seguro. Nada puede pasarme.

El dueño del Corolla y de los vasos de chicha a un peso, que no es oriundo de San Matías sino del norte del país, del departamento de La Paz, me mostrará fotos en Google de la colombiana San Andrés. El mar de los siete colores



en imágenes saturadas, espectaculares. Me cuenta que planea ir a la isla con su familia a fin de año. Es un sueño que tiene con su esposa desde que se casaron. En otro pueblo de la región de Chiquitania, un par de semanas después, una viuda me mostrará las mismas fotos y me hablará del mismo sueño que frustró la muerte de su marido. Luego leeré la larga historia de los mares que arrebataron a Bolivia y recordaré a ambos soñadores. En una historia distinta, donde ni Chile ni Argentina bloquean la salida al mar a este país que cumple un siglo acorralado, las gentes de Bolivia disfrutaban en sus propias playas y quizás son más amigables y espontáneas, más abiertas.

Acampo tranquilamente en la plaza principal del pueblo, me despierto de madrugada y doblo y enrolló todo acosado por implacables zancudos que penetran mangas y medias. En el comedor de la feria de mercado descubro la sopa de maní, blanca, grasosa, con fideos flotando y mucha cebolla. Cinco maravillosos pesos bolivianos. Pido platos que consumo ávidamente mientras mi teléfono gana un poco de carga y luego me quedo un rato bajo el alto techo de madera del salón mientras me aprovisiono de agua y ajusto un par de cosas en mi bicicleta. En las mesas de cemento donde las cocineras sirven con dedos que se hunden entre los platos soy interpelado por un vendedor itinerante de electrodomésticos y baratijas que me presume sus novias en todo Bolivia. Agradece a Evo por su combi Toyota que me muestra estacionada al otro lado de la calle. Ahora hay más plata y los bolivianos tienen carros y combis como la suya. ¿Por qué no tengo una novia? Si pienso ir a Sucre y Potosí va a hacer frío y con una mujer al lado es mejor. Hace el gesto de estar abrazando a una mujer dentro de una carpa y mueve su cadera. Se ríe y yo me río también. Con una mujercita es mejor, continúa. Si él fuera yo conseguiría una novia en San Matías. ¿Por qué no me quedo?

Dos kilómetros adelante del pueblo, sobre la vía que lleva a Las Petas, encuentro un cristalino arroyo donde me doy un refrescante baño y aprovecho para lavar algunas prendas. Los carros pasan despacio sobre el estrecho puente de madera y escucho "gringo" y "ese es uruguayo". Hago los diez kilómetros siguientes a buen paso. Me siento confiado. Voy bordeando charcos y bancos de arena húmeda. Un bus de la empresa Trans Bioceánico aparece enterrado a

un lado de la vía. Sus pasajeros se arrinconan en la sombra reducida que ofrece la manigua mientras las llantas del viejo bus patinan en el barro inútilmente. Alguien levanta una mano y saluda. Motos con pescadores y sus varas van y vienen cada tanto. Camionetas Hilux pasan a toda velocidad.

Me distraigo con tantísimas aves que me miran desde árboles y postes de cercas. Me meto a un bache y a otro, es necesario parar. La percepción de un lugar así es visual en alguna medida, pero su comprensión pasa por oídos, olfato, el cuerpo todo. Mis ojos se pierden en el reflejo de las aguas donde algo nada entre rayos de luz donde algo vuela, donde algo vive en perpetua animalidad. Las formas del bosque anfibio contienen las formas secretas de una constelación de vida. Los minutos pasan conmigo parado a un lado del camino, asombrado, seducido.

De repente ya no hay más buses ni motos y en el camino abundan los ires y venires de la vida secreta. Criaturas esquivas, a veces curiosas me miran desde un arbusto, una orilla. Sorprendo un ave de largas patas que no sabe si escapar o mirarme. Los pescadores me sorprenden también, a veces agazapados entre aguas quietas salpicadas de luz donde dan pequeños pasos inaudibles. La tarde comienza a caer. En otro puente de madera otro pescador calcula que estoy a medio camino de Las Petas, su compañero, que masca un bolo de coca tan grande que deforma su rostro, lo duda. El GPS de mi teléfono ha dejado de funcionar y vengo haciendo cálculos inexactos desde hace un rato. Pregunto con un hilo de esperanza por un lugar donde acampar. Una casa, o una hacienda quizás. Los hombres se miran y no lo piensan mucho. Las Petas, solo hasta Las Petas. Un pescador mayor advierte que el bosque se hace más denso adelante y menciona aquel nombre que de tanto en tanto llega a mis oídos. Estoy entrando a los dominios del tigre. Un pescador más joven parece seguro de que llegaré a Las Petas antes de las siete. El chico hace cálculos de moto y no creo en su pronóstico. Me apresuro.

Me divido entre el camino y la concentración que me exige moverme entre los charcos y la arena y pequeñas distracciones, las mantis que aparecen a un lado de la vía y que evito pisar, las orugas, las flores que arrastra el agua que corre bajo los puentes. Pronto la luz del sol abandona el camino y continúo pedaleando en un crepúsculo sin ruido de motores. A veces una moto o un camión

quejumbroso que no se apresura en llegar a ninguna parte. Respiro con tranquilidad pero una veta de preocupación se fortalece. La oscuridad es inminente y estoy empecinado en seguir.

El coro de aves que me ha acompañado a lo largo de los últimos kilómetros se desvanece de a pocos y otro coro toma su lugar, el de las ranas que aúllan, cantan, arrear, vocean, gimen. Según oscurece, este coro va alimentándose de incontables individuos y en un punto el efecto se hace sobrecogedor. Nunca antes he escuchado algo como esto.

Con las últimas luces del día me doy una pequeña merienda que debo apresurar porque atraigo una multitud de pequeños insectos exploradores y chupasangres de diverso linaje. Sé lo que viene y me tomo un momento para aclarar las cosas en mi mente. Debo confiar, debo guardar la calma. Me repito esto mientras reviso llantas, inflo un poco la delantera que ha perdido presión, guardo las prendas que lavé en el río y que traigo amarradas al equipaje y con una correa de seguridad me las arreglo para fijar la pata de la bicicleta, que anda un poco floja y ha estado pegando contra la llanta trasera. Tengo agua, comida y no más de una hora de linterna. La dejo apagada, decido que voy a usarla en las horas más oscuras. Me cubro cabeza y rostro con doble licra. La oscuridad se cierra sobre el camino. Respiro hondo una, dos veces y retomo la marcha.

Antes he viajado de noche solo en un par de ocasiones y por no más de una hora. Me he apresurado y exigido físicamente hasta el límite para no hacerlo. Viajar de noche es otra cosa y en un camino como el del Pantanal ya no es tanto un viaje como una situación de riesgo. Aprovecho los últimos rastros de claridad y avanzo un despacioso kilómetro, quizá dos. Las sombras sobre el camino se multiplican, las veo moverse junto a mis llantas, aves nocturnas, roedores. Grandes alas de murciélagos pasan zumbando frente a mi rostro. El infinito coro anfibio es el mundo en el que flotan mis pensamientos. Me meto en charcos y baches que ya no puedo ver. Prendo la linterna, un kilómetro más, y la apago. Las luces de un vehículo que asoma desde lo lejos me muestran retazos del camino.

En la negrura total decido parar y revisar el equipaje. Enciendo la luz trasera de mi casco, roja y menos atractiva para los insectos y reviso que todo esté bien. El GPS ha vuelto a vivir. Veinte kilómetros me separan de Las Petas.

Apago la luz, guardo el teléfono. El mundo es una gran laguna donde un billón de anfibios canta al universo y yo estoy metido en este mundo sin saberlo.

Levanto la cabeza. El firmamento preñado de astros, uno por cada criatura que canta en la negra noche del Pantanal boliviano.

Poco después puedo ver mi sombra claramente proyectada en el camino. A mis espaldas la luna ascendiendo sobre el horizonte selvático es un verdadero amanecer. Avanzo sobre un río de plata y son destellos los charcos. En esa claridad prodigiosa de sombras y rincones mis miedos, que he mantenido a raya en la oscuridad, ascienden sin restricción.

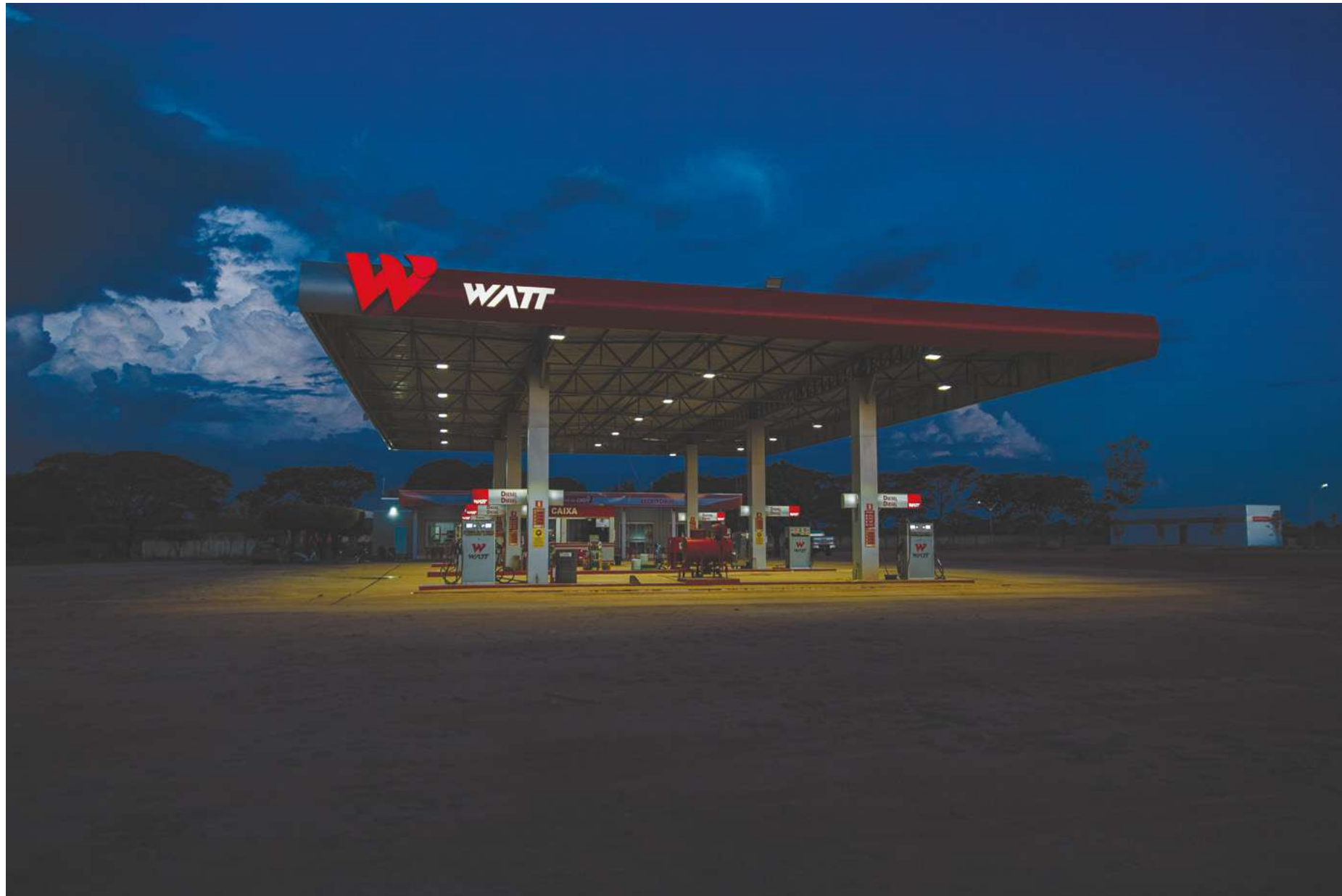
No, no es el tigre del que me hablaban ancianas y pescadores. Es un arbusto.

No, no es el jaguar ni la pantera que me vieron pasar y dejaron que siguiera mi camino. Es la rama del árbol que me protegerá bajo el sol ardiente y que ahora mi miedo confunde.

La luz roja, intermitente, de una antena, me anuncia que me aproximo a Las Petas. Es casi media noche y me siento exhausto, adolorido. Un puente de madera más y veo la luz de una garita del ejército. Me acerco y les hablo a dos jóvenes soldados con voz reducida, ahogada. Uno de ellos mira hacia la noche de la que he salido y me dice que puedo acampar junto a la garita, bajo el árbol de mango. Me siento sobre una plancha de cemento y el peso del cansancio se deja caer sobre mí. Recibo un plato de sopa que uno de los chicos trae desde el puesto de control, al otro lado del camino, y la bebo mientras un par de ellos me miran por encima de sus teléfonos. A veces levanto la cara y los miro y quiero explicarles lo que escuché, quiero hablarles de las ranas y de la luna y de ese mundo en el que estuve.

Me las arreglo para hacer campamento bajo el árbol junto a la garita y duermo profundamente sobre una colchoneta que no llevo a inflar del todo. Llueve en la madrugada y yo sueño con amigos de la infancia, un partido de fútbol en un potrero con caballos, una exnovia.

En Las Petas me quedará un par de días, descansando y esperando el momento oportuno para seguir el camino de *chau* hasta San Ignacio y luego a Santa Cruz. Se me preguntará de dónde vengo y hacia dónde voy muchas veces más. Es la pregunta obligada y uno termina por acostumbrarse a ella. ©



De los retratos familiares al furor de las imágenes

por MARÍA ALEJANDRA BUILES • Gestora Archivo Fotográfico BPP

La única información que aparece consignada en el negativo con una caligrafía casi indescifrable es "Dai Mister", pero, ¿quién es ese? Las especulaciones saltan: puede ser un médico, un poeta, un empresario, un anónimo, un hombre con apodo de extranjero o un fulano que llegó de otro lugar en compañía de su familia y se pasó por el gabinete de Melitón Rodríguez para dejar el recuerdo de su visita por Medellín —era común en esos tiempos—. Los registros históricos no arrojan muchas pistas sobre este personaje, pero sí hay algo claro, se trata de un retrato familiar, que seguramente fue titulado con el nombre de quien lo pagó.

En la época no todas las familias podían acceder a la fotografía —mucho menos las familias pobres—, era un privilegio reservado para quienes gozaban de renombre y una economía próspera. El momento del retrato era solemne, como la fotografía misma que se convertía en un documento casi sagrado, en principio eran tarjetas de visita que tenían una connotación parecida a las estampas religiosas que se cargan en la billetera. Era una imagen que protegía el recuerdo de los seres queridos ante el paso del tiempo. Posar con la familia en los estudios improvisados era un ritual que ameritaba desempolvar los mejores trajes y reafirmar la clase social ante la cámara. La parafernalia de los gabinetes, en conjunto con la disposición, la elegancia de los personajes a la usanza de la época y la aparición de las mascotas en los retratos, remite a escenas icónicas de la pintura. Así sucede con Dai Mister, pese a que su núcleo no es tan numeroso como los retratos pintados por Diego Velázquez, o por el mismo Goya, sí evoca un aire pictórico. Desde que apareció la fotografía, los retratos familiares se convirtieron en el género predilecto de la alta alcurnia, muchos dejaron de lado los retratos pictóricos y se trasladaron a la inmediatez del nuevo invento —que en ese momento no era tan inmediato como ahora, pero sí fidedigno—. A falta de una pintura, se conseguía una fotografía que registraba el momento tal cual.

En el centro de la imagen figura Dai Mister, mira hacia el objetivo, posa sentado en una silla rústica de palos de madera que concede una atmósfera rural que no combina con

su traje de ciudadano intelectual. La mujer y el niño que lo acompañan reafirman con sus aditamentos la posición social de la familia: bastón de mando, vestido pomposo, guantes de gala, un prominente tocado y sombrilla decimonónica remiten a la moda y las costumbres europeas de la época. Y así como en *Las meninas*, en la familia de Dai Mister la mascota también ocupa un lugar echado a los pies de los humanos.

La familia está rígida, sería, podría pensarse que no veían la hora de que dispararan la cámara para salirse del estudio. Es la sensación que generan las fotografías capturadas a lo largo del siglo XIX. La disposición acartonada de los personajes en los retratos familiares induce a pensar que les aburría ser fotografiados, o que no estaban conformes con sus parientes del lado. Ni una sonrisa a la vista, miradas perdidas y una seriedad punzante que evoca frialdad. Pero no, las caras largas se debían a una recomendación del mismo fotógrafo, por los prolongados tiempos de exposición, los personajes debían evitar hacer gestos que pudieran distorsionar la imagen. No se mueva que sale borrosa —diría el fotógrafo—. Las sonrisas para después de la foto.

Por mucho tiempo estas caras fueron un patrón recurrente en los retratos. Así como la jerarquía en la disposición de los miembros de la familia: el hombre o los adultos en el centro, los demás alrededor. Con el paso de los años estos patrones se fueron transformando, la democratización de la técnica fotográfica y el surgimiento de nuevos estudios con equipos más sofisticados dio pie a la gestualidad y a la aparición de familias de clase media y baja en los retratos.

Todos tenían derecho a detener el tiempo detrás de la cámara. En el gabinete de Benjamín de la Calle, familias humildes recién llegadas de los pueblos obtuvieron el retrato de su visita a Medellín, en aquel entonces el paso por la ciudad era un momento trascendental en la vida de los campesinos. Empezaron a difundirse retratos de familias del común, vestidas con harapos, a pie limpio; pero los que podían lucían el traje dominguero. Lo que no cambió fue el acto ritual de hacerse tomar la foto. Retratos como el de Dai Mister y su familia dejaron de ser una novedad.



Dai Mister, Fotografía Rodríguez, 1897. Archivo fotográfico BPP.

El valor monetario de las fotografías permitió que todas las clases sociales se retrataran. Este género se convirtió en una fuente de sustento significativa para los fotógrafos, quienes empezaron a trasladarse a la intimidad de las casas; los patios centrales y las salas sustituyeron los gabinetes, fueron el escenario propicio para los nuevos retratos, que eran una forma de reforzar el sentido de la unidad familiar y dejarla intacta para la curiosidad de los años venideros. En la decoración de las viviendas, los cuadros sacros colgados en las paredes de salas y alcobas entraron en diálogo con fotos familiares. A partir de 1940 los archivos y álbumes se inundaron de fotos de momentos

especiales en la vida de las familias: el matrimonio, los hijos, el cumpleaños, la primera comunión, los quince años y hasta la familia posando alrededor del pariente muerto. El peso del recuerdo que evocan las fotografías familiares no fue suficiente, el paso del tiempo y el furor de las imágenes en diversos medios, formatos y soportes desplazaron la costumbre de retratarse en familia hacia otros planos, la intimidad de los álbumes que reposan en los archivos familiares quedó como reliquia del pasado. La vida familiar se hizo pública en posts de Facebook, en selfis ególatras de Instagram y en historias efímeras que saturan la vida detrás de la pantalla. ©

"Y cuando menos lo pensamos, ya teníamos la cuota inicial"

Para la cuota inicial de tus sueños:

¡Ahorrar y confiar!

Te acompañamos hasta que se hagan realidad.

¡Tú también puedes!
Ven a Confiar y abre tu cuenta

Ahorro programado
Su Vivienda

Te acompañaremos así como a Rosa y a Samantha, hasta que cumplas tu sueño de tener casa propia.

¡Pásate!
De arrendatario a propietario con Confiar

www.confiar.coop

La diferencia está en confiar

confiar
coop

De Wallen

De Wallen (las riberas) o *hoerenbuurt* (el barrio de las putas) ocupa un par de cuadras en la parte histórica de Ámsterdam, cerca al puerto y a la *Oude Kerk* (Iglesia Vieja). La iglesia de San Nicolás fue consagrada en 1306, poco después de la fundación de la ciudad. Cuando en 1578 los calvinistas tomaron control del gobierno local, fue transformada en iglesia protestante y le quitaron el nombre del santo, conocido por sus regalos a los niños, por considerarlo idolatría. En el piso de la *Oude Kerk*, entre 2500 almas, está la tumba de Saskia van Uylenburgh (1602-1642), mujer auzad que se casó con Rembrandt van Rijn, cuando este era apenas un pintor pobre y desconocido. Otras diez mil personas, con algo menos de dinero, fueron enterradas debajo de la iglesia, entre ellas sin duda mujeres de la vida alegre, ya que desde su origen la prostitución y la religión se han dado la cara en el barrio.

Los calvinistas no solo sacaron a los católicos de la iglesia, sino que intentaron sacar a las putas de las calles. Prohibieron la prostitución, una medida suave teniendo en cuenta que Calvino criticaba a Jesús por no apedrear a una adúltera, como exigían las leyes, y predicar esa línea condescendiente de “aquel de vosotros que esté libre de pecado, tire la primera piedra”. Las prostitutas poco leían a Calvino y seguían firmes en prostíbulos y tabernas. Prueba de ello son los muchos cuadros con escenas de burdel y libertinaje de los pintores del Siglo de Oro, entre ellos Rembrandt, quien siempre vivió en el mismo barrio.

Durante la ocupación napoleónica (1809-1813), los franceses, como buenos católicos, retiraron la prohibición y estipularon las primeras regulaciones. Introdujeron un registro nacional obligatorio para poder ejercer un chequeo

EL BARRIO ROJO DE ÁMSTERDAM: MÁS REGLAS QUE PUTAS

por GERARD MARTIN

• Ilustración de Cachorro

médico regular y establecer una edad mínima de 21 años. En consecuencia, los prostíbulos en Ámsterdam comenzaron a funcionar más públicamente, aunque nunca tanto como en París, donde las *maisons de tolerance* eran ampliamente frecuentadas por la burguesía, clientela entre la que estaban autores como Dumas, Zola y Baudelaire, y pintores impresionistas como Toulouse Lautrec. Por la misma época, un poco más al sur, en Arles, Van Gogh se cortó su oreja izquierda y la llevó al prostíbulo que frecuentaba, donde se la entregó a Gabriella Barlatier, joven prostituta de origen campesino.

En 1851 la regulación y el control de la prostitución pasaron a la discreción municipal, donde han quedado hasta el sol de hoy. Lo que explica las diferencias de tratamiento en las ciudades holandesas. Durante el resto del siglo XIX, los burdeles disminuyeron en cantidad. En 1902, en Ámsterdam quedaron apenas ocho de los 131 que había en 1852. Creció la *vrije prostitutie* (prostitución libre), las mujeres buscaron mayor independencia de los proxenetas e intentaron evitar controles médicos. A su vez, organizaciones de mujeres en Europa y Estados Unidos insistieron en la prohibición de la prostitución y del licor.

Tuvieron algo de éxito en Ámsterdam, que en 1902 volvió a cerrar la puerta de los prostíbulos. Al menos de puertas para afuera. Otras ciudades siguieron con el servicio, hasta que en 1912 el gobierno nacional aprobó una Ley de Moralidad que prohibió los burdeles en todo el país y declaró la explotación de mujeres con fines sexuales como un negocio delictivo.

La prostitución como tal no quedaba prohibida, y las mujeres se adaptaron, ampliando la oferta en bares y salones de masaje. Inventaron además una nueva modalidad: ofrecerse desde la puerta o la ventana de la casa propia o ajena, donde disponían también de un *peeskamer* (cuarto para follar). No era ilegal, ya que se ejercía de forma individual y supuestamente sin proxeneta. Ámsterdam pronto prohibió la modalidad, y también ofertas de servicios sexuales en revistas, pero era un lío para la policía probar que alguien estaba ofreciendo sexo en la puerta o ventana de su casa, y no simplemente tomando café en la puerta o ventana de una casa. De todos modos, para hacerse menos visible, la oferta se dispersó sobre una ciudad que además estaba creciendo rápidamente. En las ventanas, las mujeres estaban sentadas y vestidas de manera formal y tomando el algo. Algunas más audaces mostraban una rodilla desnuda sutilmente iluminada entre un par de cortinas. La prueba de que el negocio prosperaba es que solo en 1935 se impusieron en la ciudad 1547 multas por transgredir la prohibición de la prostitución.

Siguiendo la nueva mentalidad, las políticas municipales se movieron más a la tolerancia que a la prohibición. Para lograr mejoras en la salud, la seguridad y los derechos laborales, y también para evitar que el neón rojo se instalara en otros barrios residenciales, la alcaldía obligó a que las ventanas se concentraran en De Wallen y dos sectores céntricos adicionales de menor importancia.

Xaviera Hollander

Después de la segunda guerra mundial, De Wallen se mantuvo, al menos por dos décadas más, como un barrio con ventanas de oferta y uno que otro prostíbulo ilegal. Además, la Universidad de Ámsterdam amplió su presencia

en un barrio vecino y muchas de las habitaciones y residencias por encima de las ventanas fueron ocupadas por estudiantes. Durante el día el aspecto era como el de cualquier barrio céntrico animado, y solo a finales de la tarde entraba en su modo rojo.

Tres procesos rompieron la relativa tranquilidad. El primero fue el potente coctel de la revolución sexual, revueltas estudiantiles (1968) y movimientos feministas que relajaron las normas y contribuyeron a desestigmatizar la prostitución. Las prostitutas mismas comenzaron a tomar la palabra, a defender sus derechos y su profesión, y crearon un sindicato. La prostitución se hizo más pública, las ventanas más vistosas, enmarcadas por tubos de neón rojos, y las putas mismas exponiéndose cada vez más, pasando por una época de minifalda antes de optar de manera definitiva por la más mínima *lingerie*, por cierto muy atractiva cuando se observaba desde la fría y lluviosa calle. El *peeskamer* se hizo más lujoso, travestis se insertaron en la profesión y las mujeres blancas perdieron su dominio ante una amplia paleta étnica, producto de la inmigración.

Seguando la nueva mentalidad, las políticas municipales se movieron más a la tolerancia que a la prohibición. Para lograr mejoras en la salud, la seguridad y los derechos laborales, y también para evitar que el neón rojo se instalara en otros barrios residenciales, la alcaldía obligó a que las ventanas se concentraran en De Wallen y dos sectores céntricos adicionales de menor importancia.

Aquí se puede mencionar a Xaviera Hollander, cuya contribución a esta liberación en Ámsterdam fue mayor a la de, por ejemplo, Simone de Beauvoir, a quien las putas leían poco. Hija de una madre ejemplar y un padre director de hospital, Vera de Vries estudió en Ámsterdam y a finales de los 1960 asumió un puesto en el consulado de Holanda en Nueva York. De noche buscaba una vida menos diplomática. Una noche, sentada en la barra de un club, una veterana de la vida liviana pronunció a la atenta holandesa estas históricas palabras: “Pero *girl*, ¿no sabes que estás sentada sobre una mina de oro?”. Vera hizo las cuentas, renunció de al otro día al consulado, se transformó en una de las *call-girls* de alta gama más famosas de Manhattan y, en el camino, cambió su nombre a Xaviera Hollander. Mujer de muchos talentos y aprendizajes rápidos. Con apenas dos años en su nueva profesión, escribió y publicó en 1974, en Estados Unidos, *Happy Hooker: my own story*, un *best seller* con dieciséis millones de ejemplares vendidos y traducido a 36 idiomas.

Mezcla de libro de autoayuda, guía para el buen sexo y autobiografía con pelos en la lengua, Xaviera predicaba ser *try-sexual*, y pronto estaba escribiendo una columna mensual, que mantuvo por décadas, en la revista *Penthouse*. Todo esto fue a *bit too much* para Estados Unidos. Expulsada, la encontramos en 1975 en Ámsterdam, donde contribuyó con una voz muy efectiva a cambiar la mirada sobre las putas y su profesión. Hoy sigue siendo una voz sonora en el tema y a la vez atiende, junto a su esposo, un *bed and breakfast* en la ciudad, con ambiente libertino y buena cocina.

Warmoesstraat

El segundo proceso que cambió a De Wallen, y no propiamente para mejor, fue un efecto no previsto de las políticas de tolerancia hacia las drogas blandas, introducidas en los setenta. De Wallen terminó siendo la plaza principal para toda la gama de drogas lícitas e ilícitas. (A diferencia de Colombia, en Países Bajos nunca fue permitida una dosis mínima legal para heroína, cocaína,

y otras *hard drugs*, por considerar que el riesgo de una sobredosis fatal es demasiado grande). Entonces, comenzó a proliferar la prostitución callejera por el incremento en mujeres heroínómanas, generando el triste panorama del *tippelen* (caminar para prostituirse), de *heroïne-hoeren* (heroína-putas). No obstante, Ámsterdam siempre ha prohibido la prostitución callejera por las condiciones de degradación que implica, a diferencia de Róterdam que la permitía en determinadas áreas.

De Wallen se hizo entonces más agresivo y pesado, y la prostitución en las ventanas se endureció y se hizo “viral”, dando lugar a lo que hoy sigue vigente. La puta o travesti con licencia para trabajar y prueba vigente de controles médicos alquila una ventana, por horas casi siempre, a un empresario y paga por sábanas y servicio de limpieza. Ella misma invita a sus clientes, negocia la tarifa y se hace pagar antes del servicio. Recuperar el costo del arriendo por una mañana, tarde o noche requiere dos o tres clientes, que hoy pueden pagar cincuenta euros por veinte minutos. De lo alegre o fácil queda poco.

Con las nuevas dinámicas las autoridades perdieron el control y aprovechándose de la situación, nacieron nuevas estructuras de criminalidad organizada y prácticas de cooptación, blanqueo y trata de mujeres. Se incrementaron los asesinatos y la calle central del sector, Warmoesstraat, se hizo famosa en los ochenta y noventa como la calle más peligrosa de Ámsterdam y del país. La degradación social y urbanística hizo que residentes, vecinos y hasta los estudiantes comenzaran a abandonar el barrio.

Otras ciudades sufrieron lo mismo, y cada cual tomaba sus medidas. Una cuarta parte de los municipios holandeses no permiten hoy ninguna forma de prostitución en calles, ventanas o prostíbulos. En 1999, solo doce ciudades permitieron prostitución en ventanas, para un total de cinco mil prostitutas, la gran mayoría en Ámsterdam; mientras otras once mil trabajaron desde casas y clubes, sin mucha posibilidad de control o regulación. Se incrementó entonces la presión política de volver a permitir burdeles y bajar el número de ventanas para lograr que su presencia fuera menos concentrada, disminuir la molestia entre vecinos y poder regular mejor las zonas grises entre lo legal y lo ilegal, y con ello quitarle oportunidades al crimen organizado.

Ámsterdam, en efecto, redujo las ventanas de 482 (1999) a 290 (2005) gracias a medidas como la no renovación de permisos y la compra por decenas de millones de dólares de edificios con ventanas rojas, para restaurarlos y revenderlos para fines exclusivamente residenciales. Críticas de las medidas —entre ellas una ex trabajadora sexual elegida concejala— argumentaban, no sin razón, que el resultado era opuesto al esperado, ya que el control criminal tendría menos poder con las ventanas que con *escorts* (acompañantes) y prepagos, que proliferaron gracias al negocio manejado desde los teléfonos celulares.

Eros centrum

Pero el tema de mayor debate, y el tercer factor de transformación, ha sido la masificación del turismo que invade cada noche a De Wallen para hacer inspección ocular de las putas en las ventanas. Ámsterdam recibe veinte millones de turistas anuales y se calcula que el quince por ciento de las ganancias son generadas por los *tours* y el comercio relacionado en el barrio rojo. Guías con grupos de cuarenta personas, con frecuencia solo hombres, no pocos embriagados, atraviesan las seis cuadras rojas como si se trata de un zoológico: “Esa es

una puta”, “ahí hay otra”, “¡vea, un travesti!”. Más allá de lo degradante, el hacinamiento impide que los clientes logren llegar donde las mujeres y, aun cuando tomar fotos está prohibido, no hay mucho anonimato.

Los moradores están en armas con lemas como *We live here* y *Stay Away*. La alcaldía, forzada a actuar, intenta gestionar de manera balanceada los diversos intereses y demandas: mejorar el ambiente para los que viven allá, mejorar la situación para las trabajadoras del sexo, reducir el tráfico de mujeres y su explotación, y mejorar la imagen del sector y la de la ciudad. Desde 2020, y después de todo tipo de diagnósticos, Ámsterdam prohíbe visitas al sector con grupos de más de quince personas, y grupos de entre cuatro y quince personas requieren un permiso. La alcaldesa (de filiación política progresista), el concejo y la ciudadanía se confrontan hoy alrededor de una propuesta de la alcaldesa de cerrar cien ventanas adicionales en De Wallen y moverlas a un Eros Centrum, un barrio residencial de buen renombre en la periferia. Los *renders* dan cuenta de un edificio de cinco mil metros cuadrados, con sus cien ventanas y *werkkamers* (cuartos de trabajo), un café teatro de animación erótica, una galería de arte y una asistencia con trabajadores sociales. Pero el vecindario de destino se levantó en protesta: *Not-In-My-Backyard!*

Escribo este texto porque hace poco coincidimos en Ámsterdam por veinticuatro horas con tres grandes amigos colombianos: el periodista Alfonso Buitrago, su madre y su hijo. Hizo un frío del putas, y ellos ya habían pasado por Madrid y Berlín. Ámsterdam era su tercer y último destino. Les quedaban tres deseos en este orden: visitar la Casa Museo Ana Frank, hacer el *tour* de las canales y conocer las ventanas. Cumplido el programa, entramos a la Iglesia Vieja para visitar la tumba de Saskia, pero la iglesia es un museo y nos iban a cobrar. Ojeamos unas publicaciones a la venta en la entrada. Una de ellas nos llamó la atención: contenía en letra bíblica y en sesenta páginas todas las normas que hoy aplican en el barrio respecto a la prostitución, el consumo de drogas, el turismo y demás. Pero en esencia, todo sigue igual en el barrio más viejo de Ámsterdam.

La lógica intrínseca de la regulación es que siempre requiere adaptaciones y mejoras. O sea, más regulación. Justo hoy, cuando escribo esto, la alcaldía ha anunciado que considera imponer, a partir de mayo, regulaciones adicionales. El nuevo paquete tiene la ventaja de aplicarse a tres vicios a la vez. ¡Tres por uno! Se prohíbe el consumo de marihuana en las calles del barrio rojo y se toman medidas para desincentivar la venta y el consumo de alcohol en el sector. Los almacenes y tiendas del barrio —no los bares y restaurantes— ya tenían prohibido vender licor después de las cuatro de la tarde. Ahora las tiendas pueden seguir vendiendo alcohol, “pero las botellas no pueden estar a la vista del consumidor”. Además, se anuncia que si no se respetan las nuevas reglas de fumar, la administración considera prohibir, a partir de ciertas horas, la venta de *soft-drugs* por parte de *coffee-shops* e incluso, fumar al interior de ellos.

Con el tiempo, se constata que se mantienen parte de los problemas criminales, se intenta introducir un sistema de registro más fuerte, se hacen *strafbaar* (castigables) el cliente, el explotador y el practicante de prostitución ilegal, y se pone edad mínima de 21 años para prostitutas.

La prostitución es un oficio legal en Países Bajos, de ahí que esté cubierto por reglas.

La prostitución de ventana única-mente está permitida en diez ciudades (por ejemplo, no incluye Róterdam y Utrecht). *Tippelen*, o prostitución callejera, únicamente en dos ciudades (Arnhem, Nimega).

Según la Policía, entre el cincuenta y el 85 por ciento de las prostitutas trabajan forzadas, pero solo entre cinco y diez por ciento lo reconoce. Hay indicios de que estos problemas se concentran en *escort* y trabajo ilegal desde la casa, o sea en sectores menos visibles que las vitrinas. El gobierno considera que un registro nacional ayudaría a hacer estas modalidades más visibles, pero los críticos prevén que quienes no obtengan permiso se lanzarán al sector informal e intentarán escapar incluso a los servicios de salud para evitar sanciones. En Alemania, ante un sistema reciente similar, el 83 por ciento de las prostitutas no se habría registrado.

Fue Charles Baudelaire quien dijo que la prostitución existe por falta de opciones. Ámsterdam sufre de lo contrario: hay tanta prostitución, que la alcaldía está forzada a reglamentarla cada vez más. Muchos extranjeros se imaginan a Países Bajos, o por lo menos a Ámsterdam, como el edén de las drogas, la prostitución, la eutanasia y otras delicias, y no tienen muy claro que sin reglas no hay paraíso. La abundancia de reglas y normas es propia de las democracias avanzadas, y en Países Bajos pretendemos ser campeones en ellas con un modelo sencillo, que se centra en tres principios. Uno: ante cualquier asunto social polémico —prostitución, drogas, eutanasia— para evitar que este se transforme en un problema mayor y costoso, las autoridades deciden “tolerar”, pero de inmediato regular el fenómeno con un conjunto de reglas, permisos, prohibiciones, y sanciones. Dos: aprovechamos los problemas, transformándolos en negocio. Lo que toleramos pero regulamos es, por definición, legal, y puede entonces alimentar la hacienda pública por cuenta de permisos, impuestos, multas, etc. Tres: respetar la democracia deliberativa, para que haya regulación consensuada.

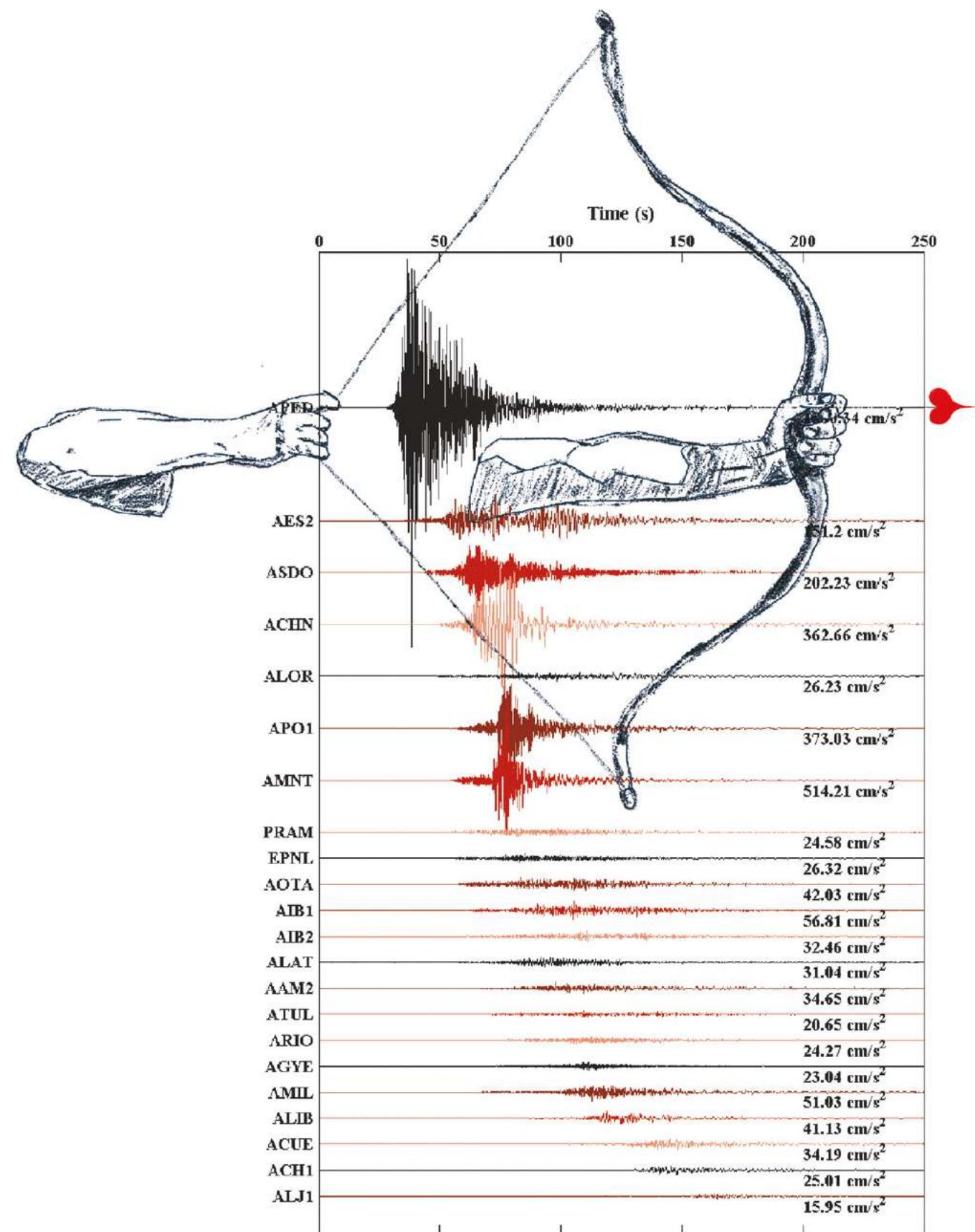
Parece un *win-win for all*, y no sorprende entonces que tanta gente de buena intención quiera copiar “el modelo holandés”, ya que parece mostrar que es posible “solucionar” la prostitución, y hasta el consumo. Nuestra fama es mundial, en particular en círculos progresistas, por considerar que debe tratarse de políticas de izquierda. Pero entre los treinta gobiernos que hubo desde 1945, solo uno fue de izquierda y la gran mayoría coaliciones, del centro y con fuerte participación de partidos religiosos. Es cierto que Ámsterdam siempre tuvo alcaldes progresistas, excepto de 2017 a 2018, y la alcaldesa actual lo es de manera explícita. Puede entonces sorprender que sea ella quien está proponiendo desplazar buena parte de la prostitución desde el céntrico barrio rojo hacia la periferia de la ciudad, y recibiendo muchas críticas por actuar bajo la presión inmobiliaria y por la gentrificación que esto puede generar.

Para resumir: en Ámsterdam, si antes hubo más putas que reglas, hoy hay más reglas que putas, y faltan un par por formular. Pero al menos hay una santa patrona: Xaviera Suiza, de nombre real Grisélidis Réal, quien también se hizo famosa escribiendo sobre la misma profesión, y su contribución a la sociedad suiza es tanta, que en 2010, el gobierno nacional decidió hacer un entierro especial para Grisélidis en el *Cimetière des Rois*, el más prestigioso del país, donde están enterrados, entre otros ilustres, los reyes suizos. Y, no obstante algunas protestas, le destinaron una tumba vecina a la de Calvino. ©



RICHTER _____ Y CUPIDO

por SANDRA BARRIENTOS • Ilustración de Sr OK



Las vacaciones escolares solía pasarlas en casa, con mamá y mi hermanito. A ella le gustaba escuchar las noticias y la telenovela eterna del mediodía mientras nos hacía el almuerzo. Comíamos a la una porque ella empezaba a cocinar a las once a eme. Él jugaba con carritos, rollos de papel higiénico espaciales y tubos de hilo como astronautas, y yo hacía siestas largas mientras me arrullaba una mecedora —que cada vez me quedaba más pequeña— para espantar el calor, como si hubiera brisa de mar, así no conociera más allá de la avenida La Playa. La silla siempre estaba libre porque mi hermanito tenía su propio entretenimiento y ya era muy pequeña para mamá.

Un día, sin buscarlo, encontré un librito que no había devuelto a la biblioteca del colegio —la matrícula de ese año fue difícil, debía una multa de dos meses por no entregarlo— y que además no había abierto. Eran los mitos griegos de Norma. Entonces ya no hacía siesta después del almuerzo en la mecedora, sino que leía un mito hasta que se acabaran las noticias. Leía muy despacio para imaginarme los vientos, los mares, los abrazos, las rabietas olímpicas, las historias de amor, las batallas, colorear las ilustraciones y preguntarme cosas: ¿cómo alguien podía llamarse Deméter, Agamenón, Pésefone, Menelao? ¿Dizque Clitemnestra o Euristeo?

El 25 de enero del 99, la rutina que habíamos armado se cumplía a la perfección: cocinar, almorzar, ver noticias, jugar, leer. Cuando uno jugaba y la otra almorzaba, yo leía quietecita, concentrada en el mito de Cupido y Psique. En el momento en que Psique descubría el rostro maravilloso del dios del amor, la mecedora se empezó a mover sola, me puse nerviosa por la reacción de Cupido y con los gritos de Venus al defender a su hijo despechado. Mi mamá, muy angustiada por la zarandeada, nos agarró de la mano a mí y a mi hermanito, que pensaba en la sacudida como el arranque de un cohete de papel, para que nada nos fuera a pasar. Paré la lectura. Tenía once años y no podía entender bien por qué una historia así me estremecía tanto y me hacía temblar de aquella forma. Me agitaba y hasta creía que hacía bambolear las paredes, hasta las plantas y las pequeñas porcelanas.

Mientras trataba de comprender, en las noticias interminables, que decoraban con su cadencia el calor del mediodía, anunciaron el terremoto de 6.2 en la escala de Richter que destruyó, casi por completo, a Armenia. ©

Una emisora para crecer

Nada crece sin compañía; ni plantas ni ideas ni negocios, ni el individuo mismo. Y acompañar es estar al lado, apoyar y, sobre todo, crear. Cámara FM, la emisora de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, cumple en 2024 cuatro décadas de ofrecer esa compañía. No sólo aquella que se le atribuye con acierto a la radio sino también la de ir de la mano con empresarios, emprendedores, entidades culturales y ciudadanas en esa ruta que todos queremos recorrer: la del crecimiento.

Un camino que nunca es expedito. Que lo diga un emprendedor como Juan Felipe David, ingeniero de alimentos y cofundador de Villa Frut, empresa dedicada a la producción de conservas, pulpas y jugos de fruta, salsas, mermeladas, entre otros treinta grupos de alimentos. A los dos días de constituir formalmente la empresa, en marzo de 2020, el gobierno nacional decretó la emergencia por la pandemia del covid-19: todo el mundo en confinamiento y él con un negocio recién nacido en vito. Ese año sus ventas fueron las que logró hacer en diciembre.

Villa Frut tuvo que adaptarse, aprendió lecciones y aprovechó oportunidades. Hoy tiene más de doscientos productos en su portafolio. Para llegar allí fue clave el ímpetu de Juan Felipe, pero también su búsqueda de aliados, entre ellos la Cámara de Comercio y su emisora. “Un emprendedor es alguien que siempre tiene algo que resolver”, dice Juan Felipe, quien halló respaldo en el hecho de estar formalizado. “La formalidad permite acceder a acompañamiento y a visibilización, que la gente sepa que Villa Frut existe y todo lo que tiene para ofrecer, porque eso es lo que ayuda a que la empresa crezca”, y eso logró con su participación en el programa Emprendedores (Lunes 7:30 p. m.) de Cámara FM en el que Juan Felipe relató su experiencia.

Para Javier Rodríguez, jefe de Cámara FM, la idea con programas como Emprendedores, Clase Empresarial, Conexión Cámara, Ciudad Digital, De ida y vuelta, entre otros, es brindar a empresarios y emprendedores herramientas y conocimiento para la evolución de sus negocios, “que usen la emisora, la escuchan, la aprovechen, actuamos con un respaldo total a lo que hace y cree la Cámara”. Por eso, Cámara FM ofrece también pauta gratis. “En pandemia resolvimos no volver a vender pauta sino apoyar con mensajes institucionales. Pasó la pandemia y se mantuvo la cuota gratuita”, cuenta Javier. El empresario hace la solicitud y la emisora se encarga de todo, redacción, diseño, grabación, posproducción. “Son unos dos mil millones de pesos al año que invierte la Cámara en dar a conocer los negocios”, explica Rodríguez.

Una de las 698 empresas que se ha beneficiado con este servicio es Villa Frut. “Pasaron nuestra cuña toda una semana, en abril pasado, cuatro veces al día, con un impacto muy bueno: llegaron tres clientes nuevos, y con clientes quiero decir que nos han comprado varias veces”, dice Juan Felipe entusiasta.

Así, acompañados, crecen también artistas y entidades y agrupaciones culturales, pues Cámara FM con su programación musical y cultural tiene espacios para hacerlos visibles. “Para nosotros, en un principio como sello discográfico independiente, fue siempre de vital importancia encontrar las puertas abiertas y un espacio para la difusión de



nuestros proyectos emergentes en Cámara FM”, afirma Juan Camilo Orozco, de Música Corriente-La Pascasia, una organización que reúne cerca de doscientos artistas de la música, la literatura y las artes visuales de Medellín. Además de la divulgación de eventos y lanzamientos, Juan Camilo resalta espacios como las entrevistas en vivo, que “han sido vitales para dar a conocer todo lo que hace parte del ecosistema cultural de la ciudad”.

En Cámara FM, una emisora cultural que en el nuevo milenio viró a otros lenguajes y otros sonidos como el pop, el rock, el country, el jazz clásico y de vanguardia, y abrió el abanico a programas especializados en literatura, viajes y tecnología, tras cuarenta años de haber sido inaugurada, sigue acompañando, y cada vez mejor. Su consigna es apoyar y crear en el propósito de la Cámara de Comercio de trabajar para que las empresas e instituciones sociales y culturales de la región crezcan.



Mariana Parra
Desempañarse
Acrílico sobre MDF - 30 x 40 cm
2020

CANIBALISMO

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Archivo Facultad de Medicina Universidad de Antioquia

EN MEDELLÍN

Desde octubre de 2022, un rumor de canibalismo en Medellín ha campeado por las calles y las redes sociales, siendo tendencia en Twitter, viral en Tiktok y una de las cadenas más compartidas por WhatsApp. El origen del rumor fue una estudiante de historia, a quien, dos años antes, mientras hacía una investigación sobre indigencia, supuestamente un habitante de calle le confesó que, en las alcantarillas de la ciudad, existe un comedor comunitario e itinerante donde se sirve carne humana, por lo general de mujer. Ese rumor, hasta ahora, no ha sido confirmado, y las autoridades tampoco han recibido denuncias al respecto. Lo cual no significa que Medellín haya estado exenta de canibalismo: este artículo, por ejemplo, es la reconstrucción del caso más legendario y mejor documentado.

Todo comenzó el 11 de agosto de 1928, cuando David Vásquez, de 40 años, mayordomo de la hacienda La Escocia, ubicada en el barrio La Mansión, estaba pasando revista por los límites occidentales de esa propiedad, que rayaban con la carrera Chile. De pronto, no bien dejó atrás unos naranjales, vio unas manchas de sangre y un arrume de piedras y hojas secas coronando tierra removida. Se acercó, apartó las hojas y algunas piedras y descubrió lo siguiente: “Una mano crispada saliendo de la tierra, de una palidez impresionante”.

Como José Miguel Álvarez y su familia, dueños de la hacienda, no estaban, entonces el mayordomo corrió a avisarle a una vecina, María Dávila, quien le aconsejó que fuera cuanto antes a la casa cural de la Veracruz y le contara el asunto al padre Domingo Henao: “Él te dirigirá por buen camino, porque es muy bondadoso y sabio”.

El mayordomo se desplazó rápidamente hasta dicha casa cural y el padre Henao lo remitió a la inspección de permanencia, ubicada en Carabobo, entre Boyacá y Calibío. Allí, alrededor de las ocho de la noche, lo recibió el inspector Alfonso Cadavid Uribe, descrito como alguien que siempre estaba esperando un caso que lo sacara del anonimato, en el que pudiera aplicar los conocimientos adquiridos en su libro de cabecera: *Memorias de un agente de policía*, publicado por La vida literaria, editorial de Barcelona.

“Doctor, acabo de encontrar el cadáver de un ser humano enterrado en la hacienda La Escocia. El padre Henao me recomendó que viniera a informarle, para no perjudicar la labor de la justicia”.

De inmediato, el inspector Cadavid Uribe llamó al capitán Carlos Arrubla y al doctor Manuel Chavarriga, jefes de la oficina de investigación criminal, y se trasladó con ellos, el mayordomo y una docena de policías al lugar del crimen, que ya estaba plagado de noveleros:



“Los agentes de policía formaron un cordón para impedir que los curiosos estorbaran la acción oficial, y el inspector y los jefes de detectivismo dieron comienzo a su ingrata tarea, empezando por inspeccionar el terreno”.

¿Qué encontraron? Cuando fueron acercando las lámparas de petróleo a la tierra removida, se toparon con un frasquito lleno de bromuro de potasio y con un jirón de tela ensangrentada. Tras recogerlos y guardarlos en un sobre de manila, inició la inspección ocular del cadáver: cabello castaño oscuro, rostro de un muchacho de alrededor de 14 años. Le abrieron la boca y le faltaban dos caninos y un molar derecho en el maxilar inferior. Lo desenterraron hasta la pelvis y salió a la luz la vestimenta: camiseta crema de punto, pantalón corto de dril azul y calzoncillos blancos. Cerca del pantalón corto señalaron que estaba “bastante viejo y deteriorado”, y de los calzoncillos, que eran muy burdos, “sin manchas de sangre ni de tierra”.

Luego desenterraron las piernas y descubrieron lo peor: “Le habían cortado tres considerables pedazos de carne, del muslo izquierdo y de las caras posteriores de las pantorrillas, y no aparecieron por parte alguna, siendo indudable que el criminal se los llevó consigo, quién sabe con qué fines perversos”.

Una vez afuera de la fosa común, midieron la longitud del cadáver, que estaba descalzo: 1.44 metros. Acto seguido, lo subieron a una camilla improvisada y lo llevaron hasta la ambulancia en medio de “gritos aterradoros de mujeres nerviosas que presenciaban la trágica escena”. Nadie lo pudo reconocer y el

cadáver fue conducido al anfiteatro de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.

Mientras el cadáver iba en camino, se convocó una reunión secreta de carácter urgente en la inspección de permanencia, protagonizada por los referidos Alfonso Cadavid Uribe, Carlos Arrubla y Manuel Chavarriga, a quienes se les unió el detective inglés O’Hanlon, el cual había llegado días antes directamente de Scotland Yard para reorganizar el detectivismo en Medellín y actualizarlo según las últimas técnicas policiales.

¿Qué se concluyó en esa reunión secreta? Que O’Hanlon iba a ser el encargado de dirigir la investigación, siendo este su primer requerimiento: buscar en los archivos casos similares ocurridos en la ciudad. Horas más tarde le entregaron cuatro carpetas, las de los menores María Teresa Muñoz, Tulia Esther Londoño, Ángel Fabio Agudelo y Luis Carlos Manjarrés, de 5, 9, 10 y 13 años respectivamente, asesinados entre 1926 y 1927. Los cuatro casos habían quedado en la impunidad, aunque no faltaron las hipótesis sobre la posible autoría, por ejemplo, que se trataba de una banda de vampiros clínicos, cuyo fin era beberse la sangre de sus víctimas. La prensa los bautizó como Los chupasangre.

Esa misma mañana del domingo 12 de agosto de 1928, se realizó la necropsia, a manos de los médicos legistas Julio Ortiz Velásquez y Agustín Piedrahita, y del practicante Rafael Mejía, cuyos resultados se conocieron por escrito seis días después, o sea el sábado 18 de agosto, con varias deducciones interesantes: 1) Debido a la desaparición

de la rigidez en el cadáver y a la coloración azulosa del vientre, la muerte ocurrió por lo menos veinticuatro horas antes de la necropsia. 2) Por las huellas de uñas en los labios y el cuello, primero hubo tentativa de sofocar a la víctima y después de estrangularla. Sin embargo, no murió por ninguna de esas dos causas, aunque sí perdió el sentido gracias a la segunda. 3) Ya que el pantalón corto no tenía manchas de sangre y los calzoncillos solo las tenían por dentro, entonces la víctima no llevaba puestas esas prendas cuando la mutilaron, se las quitaron antes y se las pusieron después de las incisiones. 4) La mutilación del muslo izquierdo, que dejó al descubierto el fémur, provocó una gran hemorragia y a la postre una muerte rápida. 5) La escasa sangre presente en los colgajos de piel que quedaron tras las mutilaciones de las pantorrillas indican que fueron hechas *post mortem*. 6) Como el denominador común de los cortes de las tres mutilaciones era la irregularidad, lo más probable es que hayan sido hechos con un instrumento mal afilado: “Fue un proceso largo y laborioso”. 7) No se encontró esperma en la ropa ni en la piel ni en “las cavidades naturales”.

Además de esos ítems, el informe escrito de la necropsia, publicado posteriormente en *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*, dejaba estas preguntas abiertas: “¿Por qué, como en los asesinatos vulgares, no lo acribillaron a puñaladas? ¿Por qué no dejaron la carne prendida a su cuerpo? ¿Qué se hicieron esos trozos de carne humana? ¿La falta de aquellos indicará un regreso ancestral al canibalismo?”.

Al día siguiente de la necropsia, lunes 13 de agosto, *El Colombiano* y *El Heraldo de Antioquia* publicaron las fotos del cadáver mutilado, sensacionalismo que sería decisivo para establecer la identidad del *nomen nescio*, a través de varios lectores que lo reconocieron y fueron esa misma fecha a dar su testimonio en la estación de permanencia, “demostrando la eficacia de la prensa en asuntos policivos”. ¿Quién era? Roberto de Jesús Múnera, de 14 años, natural de San Pedro.

Esa información la revelaría *El Tiempo* un día después, el martes 14 de agosto, en una noticia titulada “Se cometió un atroz infanticidio en Medellín”, cuya entrada agregaba que ya había cuatro sospechosos detenidos, con antecedentes de homosexualismo. Dos de ellos serían dejados en libertad horas más tarde y la identidad de los otros dos sería divulgada por la prensa el miércoles

de Medellín, dejando a su esposa y a sus hijos, con los cuales no tuvo ninguna comunicación durante ese tiempo”. Ese testimonio sería corroborado por Graciela Cano, sobrina de Carlos, quien agregaría que su tío y Roberto de Jesús Múnera prácticamente dormían en la misma cama: “Carlos dormía en una tarima y al pie, en el suelo, cobijado con la misma cobija, lo hacía el muchachito Roberto”. ¿Qué dijo Carlos Cano al respecto? En su indagatoria señaló que sí había vivido con Roberto de Jesús Múnera, pero que lo había visto por última vez el viernes 10 de agosto de 1928, a la una de la tarde, en el Parque Bolívar, donde se despidió de él luego de “aconsejarlo mucho, diciéndole que se manejara muy bien”. Y añadió que volvió a su casa alrededor de las cinco.

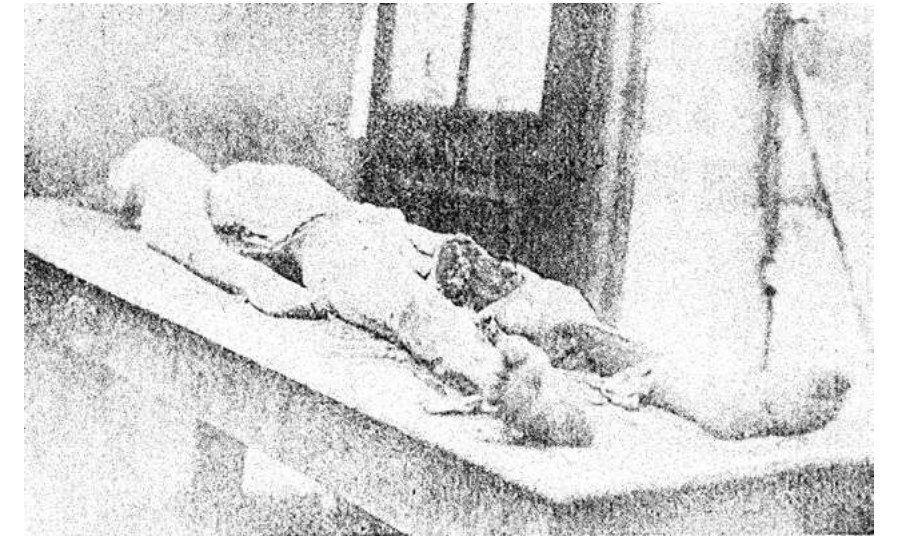
¿Qué hizo Carlos Cano al respecto? En su indagatoria señaló que sí había vivido con Roberto de Jesús Múnera, pero que lo había visto por última vez el viernes 10 de agosto de 1928, a la una de la tarde, en el Parque Bolívar, donde se despidió de él luego de “aconsejarlo mucho, diciéndole que se manejara muy bien”. Y añadió que volvió a su casa alrededor de las cinco.

¿Qué hizo en ese lapso de cuatro horas? Al parecer estuvo vagando por el

saben cómo soy yo de escrupuloso y sin embargo voy a comer”.

Según *El Heraldo de Antioquia*, el mismo Carlos Cano cortó en trocitos esa carne que aún chorreaba sangre y la puso a cocinar con unos frijoles para la comida de esa noche. Una vez cocinada, Carlos les ofreció esos “frijoles llenos de proteína humana a sus padres, hermanos, esposa e hijos”. ¿Qué pasó después? De acuerdo con un artículo titulado “Canibalismo: el criminal hizo comer a su familia carne de la víctima”, publicado por *El Tiempo*, todos comieron carne de niño. Aunque posteriormente circuló una declaración de Daniel, hermano de Carlos Cano, en la que señalaba que este último había sido el único que no probó aquellos frijoles antropofágicos. Excepción, calificada de “inaudita perversidad”, que no fue confirmada por ningún otro familiar presente esa noche.

¿Qué hizo en ese lapso de cuatro horas? Al parecer estuvo vagando por el



centro. Sin embargo, varios testigos lo vieron entrando y saliendo del lugar del crimen. Luis Javier Upegui, Octavio Ortiz y Pacho Gómez, por ejemplo, lo vieron entrar: “Vimos que el negro Carlos Cano entró por la calle nueva a la finca La Escocia, el viernes 10 de agosto como a las dos de la tarde: levantó el alambre de púa y siguió de largo, llevando en la mano, resguardada con el cuerpo, una herramienta que parecía una barra. Él siguió como para donde Múnera había estado cortando un palo de naranjas, pero no los volvimos a ver porque enseguida nos fuimos para la casa”. Julia Osorio, Ramón Vélez y María Sofía Ángel, por su parte, lo vieron salir del lugar, sus testimonios fueron condensados así por el Fiscal Primero Superior en el folio 303 de la investigación del caso: “Carlos Cano, el viernes 10 de agosto, a eso de las tres de la tarde, salió de la arboleda de La Escocia llevando entre sus manos una cosa que ocultaba sigilosamente y que los testigos no supieron qué era”.

¿Qué era? Graciela Cano, la referida sobrina de Carlos, estaba presente cuando su tío llegó a la casa y vio qué era: “Como a las cuatro de la tarde llegó mi tío Carlos a la casa, con un machete, y envuelto en un papel liso, llevaba también una carne. La carne estaba fresca, pues aún chorreaba sangre y mi tío tenía ensangrentadas las manos”.

Carlos Cano, como consta en el folio 141 de la investigación fiscal, le dijo a Graciela que había comprado esa carne en una carnicería, pero a Bonifacia, su madre, y a Elvira, su hermana, que estaban en la cocina, les dijo que era de un novillo que se había desnutrido: “Bien puedan comer esa carne que fue de un novillo que se desnutrió”. Invitación que Elvira replicó con esta línea: “No crea que vamos a comer eso”. Pero Carlos insistió: “Bien puedan, ustedes

Tras la comida, mientras hacían la digestión, sin saber que en el estómago tenían trocitos de sus muslos y pantorrillas, le preguntaron a Carlos dónde estaba Roberto de Jesús Múnera. Les dijo que lo había “colocado en una casa de la calle Caracas, dos cuadras más abajo a la finca La Escocia, el viernes 10 de agosto como a las dos de la tarde: levantó el alambre de púa y siguió de largo, llevando en la mano, resguardada con el cuerpo, una herramienta que parecía una barra. Él siguió como para donde Múnera había estado cortando un palo de naranjas, pero no los volvimos a ver porque enseguida nos fuimos para la casa”. Julia Osorio, Ramón Vélez y María Sofía Ángel, por su parte, lo vieron salir del lugar, sus testimonios fueron condensados así por el Fiscal Primero Superior en el folio 303 de la investigación del caso: “Carlos Cano, el viernes 10 de agosto, a eso de las tres de la tarde, salió de la arboleda de La Escocia llevando entre sus manos una cosa que ocultaba sigilosamente y que los testigos no supieron qué era”.

En esa misma noche, Elvira, hermana de Carlos, también lo inquirió: “Le dijo que la llevara donde había colocado a Roberto de Jesús Múnera. El le respondió que por la mañana iban y se convecían”. Fueron y obviamente no lo encontraron en ninguna parte. A medida que pasaba ese domingo 12 de agosto de 1928, Carlos se fue poniendo más y más paranoico, tanto que se escondió en varias casas: en la de Sofía García, en la de Clotilde Pérez, en la de los Osorio, “donde le dieron cama, comida y cigarrillos”, y en la de María Tobón, quien narró así ese momento: “Por la noche, entre ocho y nueve, estaba yo en la cocina cuando sentí que una persona se había saltado la tapia del solar y después entró hasta el comedor, era Carlos Cano, muy asustado y tembloroso. Le pregunté si lo iban a coger, pues ya desde por la tarde se comentaba en el barrio que el muchachito muerto era el que vivía con Carlos, y me contestó que sí, pero que él estaba resuelto a presentarse ante las autoridades al día siguiente”.

Al día siguiente, lunes 13 de agosto, como se dijo arriba, no se presentó ante las autoridades, pero sí fue al anfiteatro a reconocer el cadáver. Esa noche fue capturado junto a su padre. El martes

14, los pusieron en celdas separadas y comenzaron las indagatorias. El miércoles 15, la prensa publicó sus nombres. El jueves 16, llevaron solamente a Carlos Cano a la reconstrucción del crimen, la cual no pudo completarse porque la gente lo quería linchar: "Los agentes de policía tuvieron que llevarse al asesino y suspender la diligencia, para evitar que las furias desencadenadas del pueblo acabaran con Cano". El viernes 17, lo examinaron física y psicológicamente por primera vez. El sábado 18, continuó la indagatoria y la gente intentó voltear el carro en el que lo transportaban. El domingo 19, le tomaron las impresiones dactiloscópicas en la oficina de identificación científica de la policía y se supo que tres abogados le habían ofrecido encargarse gratuitamente de su defensa. Y el lunes 20, lo recluyeron en la cárcel de La Ladera, donde lo ficharon así: "Carlos Cano Vasco, hijo de Marcelino y Bonifacia, casado con Carmen Cano, natural del corregimiento de Belén, de 35 años, profesión albañil. Estatura 1.61 metros, cutis color negro, contextura delgada, frente ancha, boca regular, barba ovalada, nariz gruesa y achatada, ojos color carmelita, cabello negro y apretado, cejas escasas. Lee y escribe".

Mientras buscaban los móviles del crimen para poder llevarlo a juicio y condenarlo, los mismos médicos legistas que le practicaron la necropsia a Roberto de Jesús Múnera, o sea Julio Ortiz Velásquez y Agustín Piedrahita, examinaron física y psicológicamente a Carlos Cano cinco veces, esto es, el 17 y 21 de agosto, el 9 de septiembre, y el 1 y 2 de octubre de 1928. ¿Qué encontraron?

Los exámenes de orina y sangre arrojaron que tenía antecedentes de gonorrea y chancro, y también una infección sífilítica intensa. A través de una prueba del líquido cefalorraquídeo lograron precisar que la sífilis era nerviosa, o sea la que se deriva de tener sífilis durante más de una década sin haberla tratado médicamente. La extracción del líquido cefalorraquídeo se realizó el 9 de septiembre de 1928, bajo protesta del abogado defensor de Carlos Cano, según informó *El Tiempo*: "Por considerarla una operación dolorosa y peligrosísima, efectuada en contra de la voluntad del sindicado: ni la oficina médico legal ni los médicos de las cárceles pueden hacer experimentaciones peligrosas que atenten contra la vida de los detenidos".

Ese 9 de septiembre, antes de la extracción del líquido cefalorraquídeo, le descubrieron a Carlos Cano varios tatuajes, heridas y cicatrices, todos en las piernas. En el muslo izquierdo tenía tatuados un Cristo invertido, un indio piel roja y una estrella de seis puntas. Y en el derecho, el nombre de su esposa, Carmen Cano, y una pierna, de la que sospecharon era el símbolo de su canibalismo. ¿Qué dijo el sindicado al respecto? Que le iban a tatuar una mujer y al final le borraron el resto de la figura, lo cual era absurdo, porque la pierna era tan grande que la figura entera no hubiera podido caber en ese espacio. En la pantorrilla izquierda, por su parte, tenía tatuado un puñal invertido. Y en la derecha, dos

fechas: 1916 y 1928. ¿Qué significaban esas fechas? En ningún archivo fue posible desenterrar una respuesta.

Las pantorrillas también las tenía llenas de "múltiples cicatrices rectilíneas de diversos tamaños, unas sobre otras, en todas las direcciones". La mayoría eran antiguas y las demás recientemente cicatrizadas o en vías de cicatrización. ¿Cuál era la razón de tantas cicatrices? Carlos Cano dijo que "pisando barro se hería en esa región". Explicación que a los médicos legistas les pareció inverosímil: "En nuestro concepto esas son señales evidentes de masoquismo, y la confirmación indudable de las desviaciones sexuales que padece".

Igualmente confirmaron mediante varias pruebas de memoria, raciocinio y cálculo que el susodicho, quien apenas había cursado un año de escuela, era de "bajo nivel mental y muy ignorante", con un sentido moral obtuso.

Por último, el 1 y 2 de octubre, con la ayuda del sumario, señalaron, como se detalló más arriba, que Carlos Cano era un invertido sexual constitucional, que "ha tenido numerosos amores, frustrados unos, intensos otros, con individuos del mismo sexo y de mucha menor edad".

El *modus operandi* para seducir a esos menores era el siguiente: 1) Se les insinuaba ofreciéndoles trabajo bien remunerado y coqueteándoles desde la esquina. 2) Cuando rompía la resistencia inicial, les daba regalos. 3) Una vez ganada su confianza, los invitaba a pasear al campo, donde se asimilaba a la personalidad del menor, jugando bolas con ellos o elevando cometas. 4) Si no había logrado su objetivo en el campo, los invitaba a lugares ocultos en las horas de la noche, donde seguía un protocolo de caricias que desembocaban en el acto sexual. 5) Después de 3) y 4) les pagaba por su compañía.

Aplicando al pie de la letra esa estrategia, Carlos Cano conquistó a Roberto de Jesús Múnera, "su relación más duradera y llena de incidentes importantes". Múnera se había escapado de su casa paterna en 1922, a la edad de ocho años, en busca de aventuras. Así llegó a Medellín, donde manifestó que era huérfano y fue recogido por "unas señoras ya finadas". Luego se desempeñó como paje en la casa de Marcia Villa durante dos años, hasta que se le cruzó en el camino Carlos Cano, a quien Múnera le pareció "buen mozo, robusto y piernón". Tres meses le tomó a Cano implementar con éxito su *modus operandi*. Sin embargo, no estaba completamente satisfecho, quería más libertad y tener a Múnera bajo su tutela, por eso se lo llevó a tierras lejanas.

Primero estuvieron en Manizales, al principio trabajando juntos en albañilería y durmiendo en la misma cama. Luna de miel que terminó cuando tuvieron la primera pelea, la cual obligó a Múnera a pedirle posada a Roberto López, quien vivía en el piso de arriba: "Al poco rato subió Cano a rogarme que lo echara, que me pagaba y yo no quise, entonces Cano trató muy mal a Múnera y juró que lo mataría".

Tras esa pelea, Múnera consiguió trabajo en una panadería, donde Cano, según el panadero Luis Carlos Herrera, estuvo a punto de cumplir aquella amenaza de muerte: "Lo estuvo asechando para matarlo y creo que era porque no quería volver a vivir con él. Después hicieron las pases y Cano sacó a Múnera de la panadería y se lo llevó para Cali".

En Cali trabajaron vendiendo helados y volvieron a compartir la cama. Aunque esa reconciliación tampoco estuvo libre de conflictos, como señaló el testigo Ricardo Mosquera: "En cierta ocasión el muchacho se retardó [sic] para ir al trabajo más o menos dos horas y Cano manifestó que tenía que matar a ese hijueputa, entonces yo le dije que no hiciera tal cosa y él me contestó que le dolía más matar a un adulto que a Múnera".

Ese deseo de muerte estuvo a escasas seis varas de cumplirse cuando los protagonistas de esta historia retornaron a Medellín después de pasar un año por fuera. El hecho ocurrió días antes de que Múnera fuera asesinado, cuando el testigo Antonio Montoya, en las horas de la mañana, subía por La Mansión rumbo a San Miguel y vio que Cano y Múnera bajaban alegando por la orilla de la cañada que dividía a esos dos barrios: "Pude oír cuando el muchacho le dijo a Cano que le pagara lo que le debía, que él se iba para su tierra, y Cano le contestó que no le pagaba, que lo demandara si quería". A continuación, Múnera replicó lo siguiente: "Es que si no me pagas te denuncio por todo lo que has hecho". No bien escuchó esa frase, Cano sacó un cuchillo y persiguió a Múnera, quien ya se había alejado de él y le había sacado unas seis varas de distancia, o sea cinco metros: "Pero apenas Cano se dio cuenta de que yo los estaba oyendo y viendo, se contuvo, guardó el arma y siguió su camino".

¿Cuánto le debía Cano a Múnera? Según Rosa Chalarca, amiga del segundo, le debía ocho meses de sueldo. Múnera también le escupió a ella una frase parecida a la que hizo que Cano sacara el cuchillo: "Me dijo que, si Cano no le pagaba, se hacía matar y lo denunciaba". Ella le preguntó por qué iba a denunciarlo y Múnera le respondió con esta premonición que se hizo realidad a muy corto plazo: "No, mona, el tiempo la desengañará".

¿Por qué iba a denunciar Múnera a Cano, era tan grave el motivo como para hacerlo sacar un cuchillo con la intención de agredir al muchacho? A lo mejor iba a denunciarlo por lo que le contó Cano a la testigo Rosa López, cuyo testimonio está consignado en el folio 230 de la investigación del caso: "El negro Cano me manifestó que tenía muchas cruces en el cementerio y que todavía no había llegado a pagar el primer muchacho". Esa declaración provocó titulares como este, publicado por *El Tiempo*: "A Cano se le acusa del robo de los niños perdidos en años pasados: cuatro fueron encontrados sin vida". Responsabilidad que nunca pudo ser demostrada. Sin embargo, ya estaban los móviles para llevarlo a juicio y condenarlo por el asesinato de Roberto de

Jesús Múnera: "El Fiscal Primero Superior cree que por temor de que Múnera se alejara de su lado o por miedo de que el menor lo denunciara". Carlos Cano, por lo tanto, se había enfrentado a esta encrucijada: si le pagaba a Múnera los ocho meses de sueldo que le debía, este se marchaba para su tierra, se devolvía para San Pedro, librándose de su tutela, razón por la cual estuvo cerca de matarlo en Manizales, y si no le pagaba, Múnera lo denunciaba por todo lo que había hecho. Luego, todos los caminos de esa encrucijada condujeron a Cano al mismo destino: matar a Múnera.

El juicio fue programado por el Honorable Tribunal Superior de Antioquia para el 27 de septiembre de 1930. "No obstante, fue aplazado en muchas ocasiones y en diversas formas por las argucias del abogado defensor José J. Ossa". Finalmente, pudo realizarse promediando 1933, cuando Cano llevaba cinco años tras las rejas: "No fueron necesarios muchos esfuerzos de la fiscalía para que Carlos Cano Vasco fuera condenado, tan fuertes eran los indicios que lo comprometían". Le dieron nueve años más de cárcel, para un total de catorce, los mismos que tenía Múnera cuando le quitó la vida.

Posdata 1: El asesinato de Roberto de Jesús Múnera fue "un crimen sin precedentes en la historia de Medellín", se robó como ningún otro el interés de la prensa y el público: "Las ediciones ordinarias y extraordinarias de los diarios eran devoradas a los pocos momentos de salir de la imprenta". También fue un hito del detectivismo antioqueño, "por haber sido el primer homicidio que se investigó con técnica y eficiencia, siguiendo los lineamientos de Scotland Yard".

Posdata 2: Según la edición 36 de *Sucesos Sensacionales*, publicada en julio de 1955, era tal el miedo que generaba Carlos Cano, que se convirtió en el coco de los niños de Medellín durante las décadas del treinta y el cuarenta: "Por muchos años el nombre de Carlos Cano fue suficiente para inspirar pavor, incluso las madres hicieron de él un trunfo del coco, con el que asustaban a sus pequeños para que no salieran a la calle en las primeras horas de la noche".

Posdata 3: Después de haber sido el sinónimo del coco en Medellín, ese nombre cayó en el olvido. Hasta que, en agosto de 1961, volvió a las primeras planas de la ciudad, cuando se presentó una ola de raptos y asesinatos de niños, que expresó así el referido semanario de crónica roja en su edición 248: "En Medellín, nunca había ocurrido un estado de alarma general como el que se ha venido registrando en los últimos días. Ni en los tiempos de Carlos Cano, el temible asesino de Roberto de Jesús Múnera, por allá en 1928". El primero de esos niños asesinados, curiosamente, fue otro Jesús, esto es, John de Jesús Bedoya, de cinco años, a quien le cortaron el cuello y le succionaron la sangre. Sin embargo, a pesar de las similitudes, Carlos Cano fue descartado como posible autor debido a su prolongado silencio y senectud: "De estar vivo, debe tener unos setenta años".

Ingresos estratos 1, 2 y 3 al Museo de Antioquia (Ingresos gratuitos)

	2022	2023
FEBRERO	4 517	2 140
MARZO	5 444	3 155
ABRIL	8 847	3 405
MAYO 1 AL 17	4 980	1 912
TOTAL	→ 23 788	→ 10 612

El picado

Desde que los activistas europeos nos enseñaron que el de Catar fue “el mundial de la vergüenza”, me propuse indagar cómo funciona la conciencia de los hinchas que nos aferramos a creer en la Copa del Mundo, aunque sepamos que es un torneo corrupto. Por eso, en un acto de contricción ante el ritual mayor del fútbol, pregunté a mis amigos en cuál de los mundiales descubrieron que la Fifa mancha la pelota. Yo no recuerdo la alocución en la que el presidente Belisario Betancur renuncia a la sede de Colombia 86 con el argumento de que los millones de dólares que la multinacional Fifa nos exigía derrochar en la construcción de hoteles y estadios debían ser invertidos en las necesidades del pueblo, o sea en salud y educación. Tampoco tengo memoria de los hospitales y de las escuelas que su gobierno construyera. En su lugar, las noticias de las avalanchas en Armero y de la toma del Palacio de Justicia son los primeros recuerdos que albergo sobre eso tan nuestro como abstracto que llamamos Colombia. Y el fervor por el mundial estalla en mis recuerdos durante México 86, con las laminitas de Maradona que venían en el Frescogurt de limón y los colores del arenero del parque del barrio Carlos E. Restrepo. Con el yogur también venía la figurita de Platini, quien años más tarde se pusiera la corbata, junto a Beckenbauer, para engrasar la maquinaria de las corruptelas que beneficiaron a las federaciones de fútbol de Francia y Alemania.

—¡Michel Platini!, ¡Franz Beckenbauer! —gritaba el niño para ganarles a quienes solo conocían el nombre sagrado de “Edson Arantes do Nascimento, ¡el Rey!, ¡Pelé! ¡Pelé!”, durante los alegatos en el patio sobre quién es el mejor futbolista de todos los tiempos; hasta que los niños grandes salían al recreo y nos arrojaban los nombres de Di Stéfano y de Cruyff, como si al evocar a los cracks lanzáramos a competir bolitas de colores, cartas mágicas, tazos. Sucede que los futbolistas suelen ser más interesantes para los niños que Batman o Spiderman pues, aunque loselijamos para jugar a los superhéroes, no somos bobos y sabemos que son personajes de ficción; en cambio, algo diferente pasa cuando los demás nos dejan ser Higuaita en el picado del recreo, ya que René no será un héroe de ficción, pero sí de fantasía.

—A que yo soy René Higuaita.

—¡Y yo soy el Pibe Valderrama!

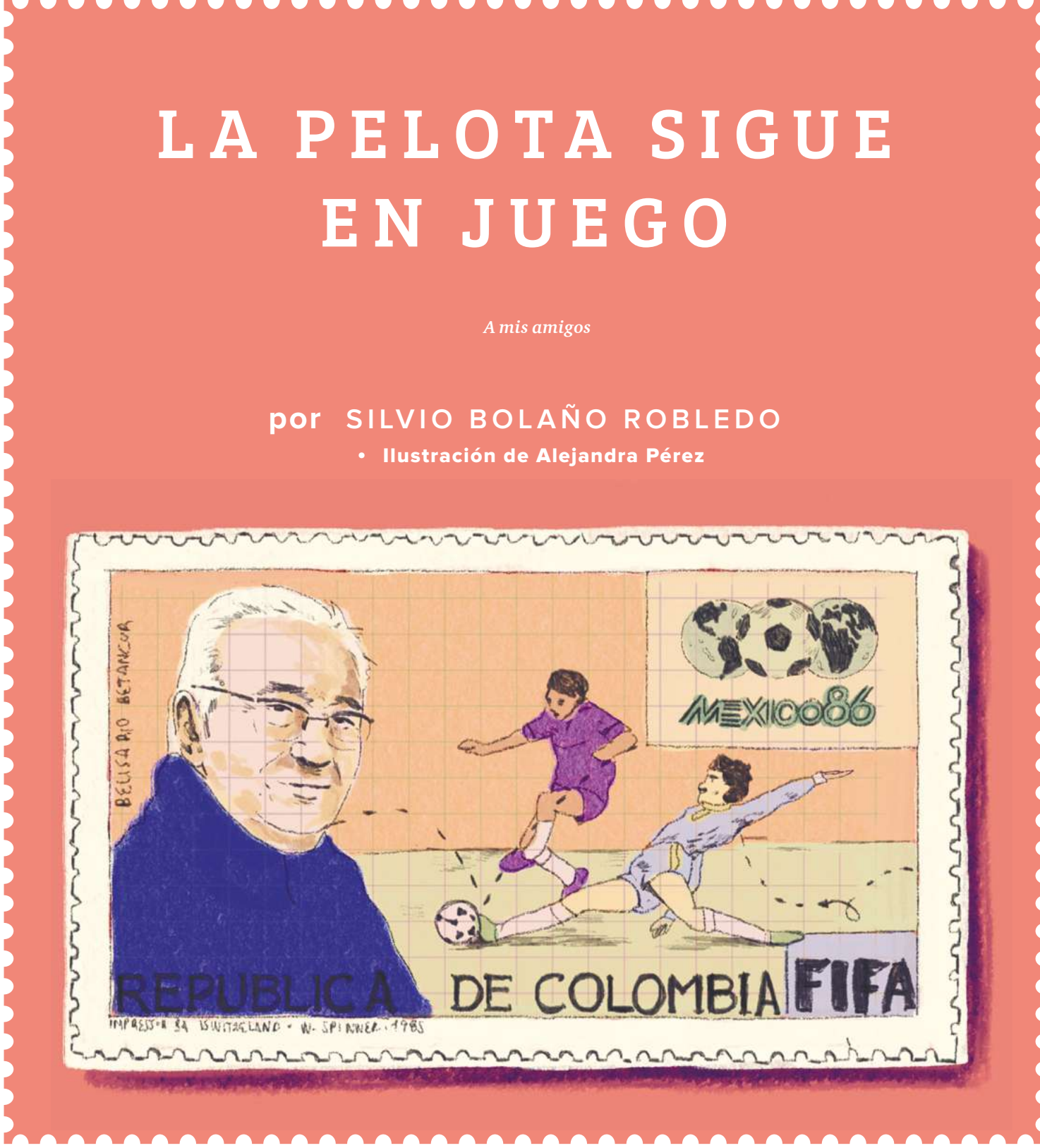
—Me pido al Palomo Usuriaga.

—Y yo, al Pitufo de Ávila.

—Entonces yo soy el Guajiro Igurán —y así el todos contra todos era un fútbol fiesta, sangre en las rodillas, manos raspadas, mocos; olor a llovizna en el cemento y niños pegados al chorro de agua de la canilla.

Imaginación, poder y tragedia

Varios amigos afirman haber descubierto la corrupción de la Fifa durante Italia 90, más allá del entusiasmo que nos produjera la selección Colombia de Pacho Maturana y de la nostalgia que sentimos al escuchar la *canzone di pop* que presume de mejor himno de los mundiales: “...*Sotto il cielo / di un'estate italiana / E negli occhi tuoi / voglia di vincere / Un'estate, un'avventura in più...*”. Otros confesamos haber dejado de creer en la imparcialidad de la Fifa durante Estados Unidos 94. Maradona es el personaje principal de ambos melodramas, pues no representaba solo a la Argentina sino a la magia del juego. Diego había escrito una profecía con la zurda en los potreros de Villa Fiorito e ilusionado a los amantes del *jogo*



LA PELOTA SIGUE EN JUEGO

A mis amigos

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

• Ilustración de Alejandra Pérez

bonito cuando levantara la Copa del Mundo Sub-20 en Japón 79. Expulsado en España 82 tras un planchazo sobre el brasilero Batista, en México 86 había dictado cátedra de fantasía y sacrificio. Con Pelusa en la cancha parecía inevitable el tercer título para los gauchos, pero en Italia 90 lo vimos llorar por primera vez ante la fatalidad del destino. Hinchas radicales desataron la furia del 10 desde los himnos al pitar las notas del: “Oíd, ¡mortales!, el grito sagrado: ¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad!...”. “¡Hijos de puta!”, gritaba, soberbio, al lado del arquero Sergio “Supermán” Goycochea, ante los abucheos de la tribuna: “Hijos de puta, ¡hijos de puta!”. Canta, oh, musa, la cólera de Diego Armando Maradona antes de la final de Italia 90. Canta la ira que sintiera en el Olímpico de Roma al recibir los silbidos de desprecio por el Sur y en especial por Nápoles, a cuya escuadra el Pelusa había conducido a la cumbre de Europa, sobre las superpotencias de Milán y Turín. Alemania vs. Argentina era, una vez más, un duelo entre el Sur y el Norte. “El sueño del Pibe” había sido transformado, de nuevo, en un asunto de geopolítica. Canta, oh, Caliope, musa del dulce labio, cómo pitaron un penal en el minuto 85 a favor de Alemania Federal, que jugaba su primer mundial tras la caída del Muro de Berlín. El defensa Sensini rechaza la pelota antes de que Völler la ataque, pero Codesal, juez mexicano

canadiense, sanciona la pena máxima. Y, aunque también volara a su encuentro, aquella vez Goycochea no pudo evitar que Andreas Brehme pateara el Adidas Etrusco al rincón donde crece la alfalfa. Entonces vimos llorar al Diego y comprendimos que la gloria tiene precio.

En cambio, la escena de Estados Unidos 94 parece una pesadilla inventada por un genio maligno para embromar a los estudiantes de Sigmund Freud: una enfermera rubia y maciza, con una cinta verde en el pelo, entra al terreno de juego tras el partido de Argentina contra Nigeria para interrumpir la celebración del 10 y llevarlo a la prueba de dopaje. La sanitaria saca al Diego de la comparsa tricampeona y ganadora absoluta del trofeo Jules Rimet (que sería robado y fundido en Río de Janeiro en 1983). Papá Pelé es la profecía cumplida tras el apocalipsis que vivieron los brasileños en 1950 al perder con Uruguay en el célebre Maracanazo; el *protinho* que al ver a su padre llorar le prometió que ganará el trofeo y lo levanta tres veces hasta llevarlo a su casa. La renuncia de Pelé a la *verdeamarela* fue pasajera, como luego lo fueran a la albiceleste las renunciadas de Maradona (1990) y de Lio Messi (2016), pues la historia se repite, primero como tragedia y luego como comedia; por eso no es lineal sino cíclica, helicoidal, como sugieren los filósofos Heráclito y Nietzsche. Por eso en el torneo del 66 (en cuyas

espabilados, afirman que las pruebas fueron alteradas por la DEA para dar un mensaje contra el consumo de drogas, con la coartada del brasilero Havelange, presidente de la Fifa, quien quería impedir que el 10 volviera a ser campeón del mundo. “Los brasileños han sido celosos con Pelé y con sus cifras. Cuando era joven, la dictadura militar hizo de él un patrimonio del Estado. En el de USA 94, o sea el primer mundial que ganaran en democracia, no le dieron minutos de juego a Ronaldo Nazario para que no pudiera superar al Rey. Por eso no me parece descabellada la teoría de que Havelange pudo haber conspirado contra Maradona...”, agrega el periodista Jesús Gabriel Acosta.

El del 94 también fue un fracaso deportivo, pero además una debilidad espiritual y moral para muchos colombianos: la selección cafetera más amada, la del “Sí, sí, Colombia / Sí, sí, Caribe...”, aquella de Higuaita, el Pibe, Rincón, Asprilla y Leonel; equipo que comenzó a armarse en el preolímpico del 87 y alcanzara su nivel más alto con el 5 a 0 ante Argentina en el Monumental de River Plate, conoció el desencanto en las canchas de Disney. “No es el fin del mundo”, respondió a los periodistas, con gallardía, el defensor Andrés Escobar, autor del autogol que puso en ventaja a Estados Unidos en aquel 2 a 1 con el que nos despidiéramos del torneo. Diez días después, El Caballero del fútbol fue asesinado en

Medellín, cuando la competición orbital aún estaba en juego. Tras esta catástrofe muchos niños colombianos perdieron, para siempre, su amor por el balompié. “Yo casi perdí mi esperanza en Colombia, a los 13 años, como si pagáramos una maldición al nacer aquí. El más noble, el mejor de todos, asesinado de esa manera...”, añade el artista Gustavo Carvajal. Paz en el corazón de quienes leen estas palabras.

A unos enorgullece lo que a otros avergüenza

Otros amigos confesaron haberse dado cuenta de la corrupción de la Fifa durante Corea y Japón 2002, cuando fuera evidente la manipulación del arbitraje a favor de las selecciones anfitrionas. Por ejemplo, en contra de Italia, escuadra que cuatro años después campeonara en Alemania, en medio del escándalo llamado Calciopoli, una de las corruptelas proverbiales del fútbol europeo en el siglo XXI. Italia fue campeona en 2006 en el Olímpico de Berlín ante la Francia del mágico Zinedine Zidane, quien viera la tarjeta roja por darle un cabezazo a Materazzi en el pecho. Ese fue el último partido oficial que jugó Zizou. Meses después la federación italiana de *calcio* no tuvo más remedio que descender a la todopoderosa Juventus a la serie B, luego de que la procuraduría de Turín investigara un concierto para delinquir entre árbitros, directivos y periodistas que influyó en el resultado de diecinueve partidos. Pero, sobre los juicios arbitrales que favorecen al local de la Copa del Mundo, el periodista Rodri Urrego nos recuerda el gol fantasma pido a favor de Geoff Hurst en Inglaterra 66, cuando en el minuto 101 pateara al larguero de los alemanes y la pelota rebotara en el suelo sin atravesar la línea. Miremos el cuadro: un tal Dienst, árbitro suizo, convalida el gol de pica barra inexistente tras discutir con el juez de línea azerí (o sea de Azerbaiyán) Tofik Bakhrarov. Atención, pues con este argumento manipulan los partidos a través del VAR: la suposición de que el juicio de otra autoridad técnica, cuya perspectiva de observación es privilegiada, *siempre* será verdadero; en el caso del VAR, la presunción de infalibilidad de la tecnología es un argumento a su favor que parece irrefutable. Pero volvamos al 66, mundial en el que “papá Pelé” —como le dice Kylian Mbappé—, salió de la cancha conveiente por dos leñaos con los que el luso Morais lo consintiera en la misma gamba; doble patada de la que intentara vengarse con un codazo cuando ya no estaba en juego la pelota de franjas. Tras las golpizas que le dieran búlgaros y portugueses en Inglaterra (el técnico Vicente Feola decide protegerlo de su lesión y los húngaros no tienen chance de molesto a palos), Pelé renuncia al Scratch de Oro. Abdicación que, para la alegría del universo, fue pasajera y regresaría por televisión a color en aquel México 70 para coronarse rey del fútbol en el Estadio Azteca, como primer bailarín de la comparsa tricampeona y ganadora absoluta del trofeo Jules Rimet (que sería robado y fundido en Río de Janeiro en 1983). Papá Pelé es la profecía cumplida tras el apocalipsis que vivieron los brasileños en 1950 al perder con Uruguay en el célebre Maracanazo; el *protinho* que al ver a su padre llorar le prometió que ganará el trofeo y lo levanta tres veces hasta llevarlo a su casa. La renuncia de Pelé a la *verdeamarela* fue pasajera, como luego lo fueran a la albiceleste las renunciadas de Maradona (1990) y de Lio Messi (2016), pues la historia se repite, primero como tragedia y luego como comedia; por eso no es lineal sino cíclica, helicoidal, como sugieren los filósofos Heráclito y Nietzsche. Por eso en el torneo del 66 (en cuyas

vísperas también fuera robado el trofeo Jules Rimet, pero pronto recuperado por el popular perro Pickles) Alemania no podía ser bicampeona contra Inglaterra, tras veinte años del fin de la segunda guerra mundial, en plena Guerra Fría y ante su majestad Elizabeth II. El juez suizo debía aceptar la decisión del *li-nier* Bakhrarov, quien por señalar el gol de pica barra y robar a los alemanes se convertiría en héroe tanto en Inglaterra como en Azerbaiyán, entonces república socialista soviética, donde llamaron a un estadio con su nombre y le edificaron una estatua de cuerpo completo. El memorándum dice que, al ser recordado, no se olvide que la primera estatua en homenaje a un árbitro conmemora un robo: el de los ingleses a los alemanes en Albión. A unos enorgullece lo que a otros avergüenza.

Sin embargo, parece que el mundial que más pesa en la conciencia de la barra futbolera es Argentina 78, pues da grima recordar un torneo organizado por la dictadura militar para sostener el discurso de grandeza de la patria sobre los cadáveres de los desaparecidos. “Tengo los muertos todos aquí / ¿quién quiere que se los muestre?... Elija usted en cuál de estas muertes se puso a llorar...”, cantaba Charly García en *El show de los muertos* en 1974. La Peña tampoco olvida “la mermelada peruana”, o sea cuando la selección del Perú accediera a ser goleada por seis en el Gigante de Arroyito, con la consecuente eliminación de Polonia y el paso de Argentina a la final y de Brasil a la disputa por el tercer puesto. Pero somos seres de contradicciones y a esa misma barra se le eriza la piel cuando recuerda a Mario Alberto Kempes marcar goles bajo una lluvia de papelititos pateados y un canto en la radio: “Mirada al frente, pelo al viento, festeja Kempes su gol a La Naranja Mecánica como los Libertadores de América (...) ¡bramos en alto celebra el Matador! (...) ¡como un San Martín, un O’Higgins, Bolívar, Artigas victorioso en el Río de la Platal”.

Narración y simulacro: triunfo de la imagen moderna

Honorio Bustos Domecq (nombre con el que firman los relatos escritos a dos manos Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges) escribió un cuento sobre un personaje que, mientras caminaba por el barrio Núñez, advierte que en la Avenida Figueroa Alcorta ya no está el Monumental de River Plate. Asombrado, el personaje busca respuesta en un directivo de fútbol que le confiesa que desde hace años el balompié no se juega en las canchas, sino que es un simulacro que se narra y actúa. El Monumental también resulta altamente literario durante la primera batalla que libra el ejército de la resistencia de la humanidad con los seres que invaden la tierra en las viñetas de *El Eternauta*, cómic de culto que fuera censurado en Argentina e Italia y cuyo autor, Héctor Germán Oesterheld, fue desaparecido durante la dictadura militar. Estas son solo dos metáforas que nos ha regalado la literatura latinoamericana, desde hace más de cincuenta años, en las que el fútbol tiene que ver con los simulacros y los discursos de poder. Y es que el juego de pelota tiene mucho que ver con el simulacro en sí: la finta y la gambeta tienen todo que ver con el arte del engaño. Si esto ya lo sabían los poderosos de los pueblos precolombinos de Mesoamérica, así como los artesanos *di Firenze*, quienes practicaban sus juegos de pelota en los días sagrados, era improbable que su poder simbólico no fuera usado por intereses e ingenios modernos, como el de la International Board, institución que controla de forma independiente las reglas del fútbol desde 1886.

Por eso un amigo respondió “1930” a la pregunta de qué mundial nos hizo dar cuenta de que la Fifa mancha la pelota, o sea desde el origen: tras las medallas de oro que ganara la República Oriental del Uruguay en el 24 y el 28, cuando todavía reconocía al vencedor de los Juegos Olímpicos como campeón mundial porque se jugaba con *sus reglas*; pero las diferencias con el COI sobre la profesionalización del deporte le llevaron a crear su propio torneo, con el popular trofeo Jules Rimet.

Pero primero fue ella, después el fútbol. La pelota es además un ideal platónico: la figura perfectamente simétrica. ¿Qué juguete es más universal y planetario? Los humanos jugábamos a chutar piedras, semillas, frutos, huesos, vejigas rellenas; pero con la imagen en la mente de la esfera ideal como objetivo. De los clubes ingleses surgieron las reglas de juego en el siglo XIX y las exportaron como un producto avanzado de la modernidad, un juego de *gentleman*; pacto entre caballeros para civilizar las brutales partidas callejeras que alarmaban a la sociedad. Los padres jesuitas trajeron las reglas y la pelota a sus colegios con ese espíritu *sportivo*, ultramoderno; por eso los estudiantes que formaron parte del decano de Colombia, el Deportivo Independiente Medellín, jugaban en la cancha de Miraflores del barrio Buenos Aires un fútbol hablado en inglés. Mi abuelo Silvio Robledo, futbolista del Gigante de Arroyito, con la consecuente eliminación de Polonia y el paso de Argentina a la final y de Brasil a la disputa por el tercer puesto. Pero somos seres de contradicciones y a esa misma barra se le eriza la piel cuando recuerda a Mario Alberto Kempes marcar goles bajo una lluvia de papelititos pateados y un canto en la radio: “Mirada al frente, pelo al viento, festeja Kempes su gol a La Naranja Mecánica como los Libertadores de América (...) ¡bramos en alto celebra el Matador! (...) ¡como un San Martín, un O’Higgins, Bolívar, Artigas victorioso en el Río de la Platal”.

“Pero la pelota no se mancha”

Ahora, si la experiencia nos demuestra que la localía se adquiere a través de corruptelas, que el espectáculo maquilla la represión de los gobiernos y favorece a los poderosos, tanto que es posible manipular los resultados, incluso con el VAR, no sobra que nos preguntemos por qué nos entusiasma la Copa del Mundo. Si se trata de un simulacro en el que la geopolítica a menudo triunfa sobre los sueños de los pibes, mientras los corrompe, ¿a qué nos aferramos cuando la competición nos emociona? No quise plantear este diálogo a mis amigos por ser condescendientes con el boicot y sentirnos virtuosos solo por indignarnos, pues no nos preocupa lo que pasa alrededor del fútbol por sostener una pose de superioridad moral sino por la quereencia. Nosotros somos de la escuela de Javier Marías y sabemos que el fútbol es la recuperación semanal de la infancia. Hablamos desde la resistencia del juego y de la imaginación, pues, más allá de los nacionalismos que detona, el mundial nos entusiasma porque nos une a la quereencia. A esa jurisdicción del sentimiento se refería el Diego la tarde de su despedida en La Bombonera cuando, entre lágrimas, le explicó a su pueblo de Boca Juniors que él también era humano y se había equivocado: “Pero la pelota no se mancha”. A eso apuntaba el profesor Gustavo Alfaro al responder que había convocado a Catar a un muchacho que jugaba en la segunda división de un club de Ecuador porque pensaba en el niño que él había sido, el que sentía ansiedad por ver los partidos del domingo mientras soñaba con una quimera: jugar en la selección de su país. Ese niño, decía el profe Alfaro: “Va a estar al lado mío en la Copa del Mundo”.

“Puede ser hoy, Abu...”

El fútbol es una era imaginaria en la que millones de niños creen que ser campeones del mundo es el mayor logro que puede alcanzar una persona. Desde una perspectiva foucaultiana, este es un proyecto de dominación de la mente y del cuerpo que se programa para que en la adultez consumas ciertos productos y reproduzcas conductas de sometimiento hacia los poderes fácticos. Si a esta crítica del poder sumamos la frase de cajón con la que los intelectuales latinoamericanos han despreciado por décadas al balompié, a saber: que la humanidad demuestra su estupidez cuando se detiene a ver veintidós adultos perseguir una pelota, podríamos concluir que no se trata de una era propicia para la educación, el arte o la ciencia. El escritor Alejandro Dolina refuta con brillantez esta falacia al argumentar que, con esa misma lógica, podemos decir del Quijote que solo son dos mil páginas con garabatos negros. Que la humanidad se detenga para ver un partido y no porque haya estallado otra guerra, una revolución o algún megalómano se haya declarado dictador, no solo es un triunfo del comercio y de la industria del espectáculo sino sobre todo del ocio, la recreación y el deporte. Si ser campeón es el sueño de millones de niños, pero además se realiza en un acto, en un escenario sublime y a través de un ritual transmitido en directo, de manera que millones de personas experimentan la catarsis a la vez, es evidente que el interés que genera puede ser criticado por muchas razones excepto por superficial. ¿Cómo no nos va a ilusionar —respondió a la pregunta inicial el historiador José Manuel González— si ahora hay dos niños que juegan en mi calle y uno de ellos se pidió ser Lionel Messi? El fútbol se salva a sí mismo cuando un niño juega a la pelota, pero las eras imaginarias se realizan a través de relatos que cumplen los anhelos colectivos. Por ejemplo, la historia de un pequeño que no podía crecer, pero tenía a su familia, genio, disciplina y el cariño de millones de chicos que querían que él fuera el mejor futbolista de la historia. Canta, Caliope, musa del dulce labio, la gesta del pibe que, tras décadas de triunfos y frustraciones, antes del penal que pateara Montiel a los franceses miró a lo alto y dijo: “Puede ser hoy, abu...”.

La coronación de Messi

“Iban a coronar a alguien, esa fue la narrativa desde que apareció Morgan Freeman”, me escribió el publicista Federico Giraldo cuando el emir Sheik Tamim bin Hamad Al Thani puso en los hombros de Messi una capa negra con encajes dorados, en un ritual inédito, antes de que alzara la copa (*bisht* es el nombre de esta delicadísima capa, destinada a la realeza catari). A su lado Gianni Infantino, el suizo italiano presidente de la multinacional Fifa, asistió a la coronación de Lionel Andrés Messi Cuccitini como garante de Occidente. Entonces, entre el emir y el presidente, la Pulga vivió su asunción, experimentó la apoteosis y alcanzó la trascendencia. El triunfo de la Argentina fue también el de la narrativa de su hinchada, quien impuso al mundo su folclore como paradigma. A 36 años del triunfo del equipo del doctor Bilardo en el Estadio Azteca, los gauchos saturaron los medios de comunicación con producciones como el cántico “Muchachos, ahora nos volvimos a ilusionar...”, o la publicidad de “Coincidencias”, en la que los hinchas hallan similitudes entre Catar 22 y México 86 (lo que en su mitología llaman dizque cábalas), al ritmo de la canción *Hablan a tu corazón* de Charly García. El papa Francisco, socio de San Lorenzo desde pibe, guardó respetuoso silencio para anular la mufa. Tras cuatro frustraciones (Alemania, Sudáfrica, Brasil y Rusia) y con 35 años, las masas fueron favorables en la redacción de la gesta mundialista de la Pulga, que

comenzara con una derrota ante Arabia Saudita. Pero La Scaloneta conta con la querencia de un plantel joven que no iba a permitirse dejar pasar la oportunidad de ser campeones junto a su máximo ídolo de infancia. Scaloni presentó un equipo impredecible en su orden táctico, pues variaba de acuerdo con la situación, pero fiel a una fórmula en apariencia sencilla: tener a diez atletas que siempre ataquen la pelota y la pongan de inmediato en circulación. Entonces, de repente, aparecía Lionel Messi, quien frente a México nos recordó a la Pulga que jugaba en el Barça con Ronaldinho; ante Polonia quebró la cintura como el Burrito Ortega y contra Australia emuló a su ídolo Pablo Aimar, quien desde el banco disfrutó de su recital de pases. Frente a Países Bajos, tras la milagrosa asistencia en la que cuela la pelota entre seis rivales, Leo mostró una faceta inusitada: al final del encuentro le hizo el gesto de Topo Gigio, que popularizó Juan Román Riquelme, a la banca de los neerlandeses, para rechazar las declaraciones que el seleccionador Louis Van Gaal había dado sobre la selección Argentina. Instantes después interrumpió una entrevista para lanzar el insulto infantil: "¿Qué mirás, bobo? Andá pashá, bobo", al ingeniero de Weghorst, quien fuera despreciado por querer acercarse a Lio en medio de una calentura que nos mostró su rostro más maradoniano posible, ya que el Diego usaba insultos menos santos. Argentina pasó a la final tras derrotar a la Croacia del lírico Luka Modric con una jugada en la que el 10 le baila un tango al joven Guardiol para asistir a

Julían Álvarez, un campeón con pinta de héroe griego, nombre paisa y acné juvenil. Ante los franceses, el Dibu Martínez tapó un remate a Garang Kuol que no solo salvó el campeonato, sino que produjo algo que no se veía desde la década de Goycochea, Higuaita y Chilavert: que cientos de pibes pidan a sus padres que le regalen el uniforme de arquero, en un país donde, si abres la tierra, surge un volante 10 que pisa la pelota y tuerce la mano como si fuera a pintar al óleo. "Argentina

campeona del mundo en la final más bella de todos los tiempos. Messi, el pie de Dios", tituló *La Gazzetta dello Sport*: "La novela de La Pulga en El Olimpo", "Quien ama a Leo ama al fútbol", "As de Di María, obra maestra de Scaloni", elogiaban los italianos. "Pero el futuro es del Rey triste", añadían, en alusión al astro francés Kilyan Mbappé, autor de tres goles en la final y quien, a sus 24 años, puede romper las cifras de Edson Arantes do Nascimento. Catar 22 también será recordado

por dos acontecimientos fatídicos, pues quiso el destino que durante el torneo se conmemoraran dos años de la partida de Maradona y asistiéramos a la agonía de Pelé. Con la coronación de Messi, cuya historia ha sido incorporada al santoral del patio, el panteón olímpico y los relatos de *Las mil y una noches*, hemos asistido a un cambio de época, que es la de Kylian Mbappé. Y la pelota sigue en juego. ©



Antígona bajo el agua

por CAROLINA LONDOÑO QUICENO • Ilustración de Tobías Arboleda

Para llegar a mi facultad siempre preferí la ruta que pasaba por la piscina. Cuando en la mañana tenía clase de seis entraba a la universidad faltando un cuarto, hacía una pequeña parada y sacaba un cigarrillo del bolso. Era mi pequeño ritual. La soledad era casi absoluta y en ese silencio me gustaba contemplar la imperturbabilidad del agua. A esa hora todavía estaba limpia y no tenía las escupas de quienes nadaban desde las siete.

En las tardes, si tenía un espacio entre clases, me sentaba en un muro alto desde donde podía verlo todo. La piscina olímpica era cruzada de lado a lado por los nadadores en estilo libre. Sus cabezas, cubiertas por gorros oscuros, salían del agua para respirar y luego se sumergían en medio de los brazos que hacían grandes círculos dirigidos desde los hombros. Había un segundo en el que las manos, en su punto más alto, parecían flechas elevadas hacia el sol. Las piernas hacían lo suyo impulsando los cuerpos y dejaban un rastro de espuma blanca que se diluía rápido. Veía todo como una fiesta de extremidades conectadas por esos movimientos repetitivos pero realizados en tiempos distintos. El agua que las recibía se agitaba como un gran animal azul.

Entonces sacaba otro cigarrillo y, sin afán, esperaba a que fueran las cuatro y media de la tarde. En su partida el sol cubría todo de un manto dorado, y en el espejo del agua intentaban reflejarse las nubes y los árboles altos que había detrás de la malla, aunque los nadadores en su paso deformaran sus figuras.

De niña iba a clases de natación. Todos los sábados, de ocho de la mañana hasta el mediodía, estaba nadando. No recuerdo haber tenido amigos. Tampoco recuerdo a mis entrenadores. Pero sí el ardor en los ojos, la piel tostada y reseca por el cloro. Las voces que se hacían murmullo cuando me hundía para hacer los ejercicios de respiración. El miedo de abrir los ojos. El miedo de cruzar la piscina entera. El miedo a la piscina. Por un tiempo tuve una idea mortal en la cabeza. Creía que en el suelo, justo en la mitad, había un hueco gigante que me succionaría. Por eso nadaba rápido de un lado al otro. Recuerdo mi esfuerzo inútil por respirar cada diez brazadas en vez de cinco, a mi pequeña yo esquelética intentando dominar esa masa enorme, siempre con la sensación de que el hueco me jalaría hacia abajo y me ahogaría.

Llegó un punto en el que me cansé de ir a entrenar. Tenía doce años y pensaba que había cosas más importantes que estar nadando. Cuando me propusieron pasar al grupo de entrenamiento profesional, dije que no. Mamá estaba decepcionada. ¿Vas a dejar tirados siete años? Sí, ma. Ella quería una hija deportista, una nadadora al menos, ya que no tuvo un hijo para meterlo a un equipo de fútbol. Cuando crecí me decían que tenía una espalda envidiable, como de nadadora, que si hacía deporte. Y yo había preferido callar el recuerdo y hacer como si esas horas de entrenamiento no hubiesen existido, aunque en mi cuerpo permaneciera la tensión de mi empeño para hacer de manera correcta el estilo pecho, o de mis manos en punta preparadas para entrar con precisión en el agua al dar una brazada.

Por esos días en que decidí dejar la natación, encontré en la biblioteca del colegio un libro morado de hojas amarillentas, letra pequeña y que olía a cajón. Me lo llevé a escondidas a mi casa y en las noches, cuando papá y mamá dormían, yo encendía la lámpara del nochero y me quedaba leyendo en un susurro. Terminaba el libro y lo volvía a empezar. Poco a poco fui aprendiendo los diálogos de los personajes. Luego no solo los leía, sino que intentaba interpretarlos. Ponia la cobija extendida en el piso de la habitación, de manera que amortiguara el sonido de mis pasos. Ahora yo era Antígona, condenada al encierro por enterrar a su hermano, y que prefirió morir ahorcada antes que cumplir su castigo. Me paraba sobre una silla y con cinta pegaba una bufanda delgada en el techo. La lámpara, detrás de mí, reflejaba la forma de mi cuerpo y la de la tela colgante en una de las paredes. La bufanda, hecha sombra, parecía una cuerda. Imaginaba el momento en que Antígona se suicidaba, porque la obra no lo mostraba. Era un mensajero el que llegaba donde el rey Creonte para relatarle la funesta noticia. Yo dejaba caer las manos como muertas yladeaba la cabeza para que la sombra de la bufanda tocara la sombra de la curva de mi cuello, y pareciera que yo pendía. Me contorsionaba ante la falta del aire. Pasados unos minutos llegaba la muerte. Entonces me balanceaba con la punta de los pies hasta quedar en completa quietud.

Nunca volví a meterme en una piscina. Me desagradaba la sensación de pensar en mi piel áspera por el cloro, del agua metida en mi nariz, de los ojos irritados a pesar de las gafas, de mis pulmones contraídos implorando aire. Pensaba que, si me metía, todos los recuerdos de mis clases de natación, por alguna remanencia corporal, volverían de golpe, más vívidos, más difíciles de eludir. Sin embargo, aquí estaba. Lejos. Muy adentro seguía sintiendo algo de escozor.

Una tarde decidí mirar más de cerca la piscina. No fui al muro, sino que me paré frente a la malla. Mi visión se

interrumpió por la cercanía de los rombos de alambre, pero a través de ellos podía seguir observando a los nadadores. El sol me pegaba en la espalda. Me agarré de la malla con las manos y me quemé ligeramente. No sabía por qué, pero sentía que debía someterme a ese calor, a ese sol ardiente, al piso que también calentaba las suelas de mis tenis. Cuatro meses habían pasado desde que comencé a observar la piscina. No había un porqué claro. Si buscara en mi inconsciente quizá lo encontraría. ¿Qué esperaba, qué buscaba? Había un pequeño dolor que buscaba abrirse paso.

Volví a recordarme siendo una niña, sintiéndome tan vulnerable en esa masa de agua que creía inequívocamente tan infinita. La piscina recibiría la lluvia sin desbordarse o crecer furiosamente. Si hacía mucho sol no se secaría, la rellenarían para compensar su capacidad. El cloro pintaba la piscina de una falsa limpieza y ocultaba el sudor de los bañistas que se creían frescos, y que no nadaban por un impulso vital del cuerpo que se mueve para no ahogarse. Ahí estaban campantes con sus gorritos y sus gafas, y el resorte elástico en el tobillo con el número del casillero donde dejaron sus bolsos.

El estremecimiento se convirtió en rabia. Mi miedo de toda la vida no tenía nada que lo justificara. La piscina seguía al frente. Sentí ganas de escupirla, de orinar, de golpearla así se me fueran los puños. Apreté con más fuerza el alambre, acerqué del todo mi frente a él y meforcé a mirarla sin parpadear. Los ojos se me aguaron, luego del esfuerzo por mantenerse abiertos, temblaban. Dejé de identificar la forma de las cosas. Los colores se mezclaron hasta llegar al blanco, y la luz que todavía percibía adquirió figuras geométricas que se deformaban con el movimiento pequeño y repetitivo de mis párpados. Me pregunté a dónde iban estas figuras cuando abría los ojos, si eran reales o las estaba imaginando, como este artificio de no ver aun viendo, del agua como un animal muerto en cuatro paredes, de las veces que me colgué de la bufanda-sombra fingiendo una muerte que deseaba, pero de la que siempre escapaba porque también quería vivir. No soporté más el ardor y cerré y abrí los ojos varias veces. Tenía la mandíbula contraída y las manos tiesas de estar sujeta a la malla. La solté y vi las marcas delgadas sobre mis palmas. Las sacudí, las apreté, sobé una contra la otra, y me fui antes de que cerraran la piscina. ©



CASA SAN MIGUEL
Desde 2023

Librería, café, restaurante/bar, dispensario cannábico y tienda de artes y oficios. Casa abierta y punto de encuentro de funcionarios públicos, comerciantes, turistas, artistas y paseantes en general.

Dónde: Calle 11 # 8-70, costado peatonal norte de la Alcaldía Mayor de Bogotá - Centro Histórico. Abrimos de domingo a domingo.

VICTOR AGUDELO E.
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros

Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

R. I. P. R. I. P.

EL BDSM HA MUERTO
QUE VIVA EL BDSM

Sus desconsolados padres, hermanos, tíos, sobrinos, primos y demás familia BeDeSeMera nacional

PARTICIPAN a sus amigos tan sensible pérdida, les ruegan se sirvan encomendarle a PHYLLIS, SADE, SACHER-MASOCH y demas matriarcas de la cofradía, y les invitan a la conducción del cadáver, funeral y entierro, que se verificará en Medellín entre el 20 y el 25 de junio de 2023 en diversos antros y recintos de la ciudad de la eterna juetiadera.

ES INÚTIL ORAR POR SU ALMA, ella ya estaba perdida.

www.bdsmcolombia.info/festival

Una isla rodeada de expectativas, de letras y de guerras, de odiseas. Y un pequeño trozo de tierra, escueto, lleno de cabras y piedras, de turistas y habitantes desengañados. El ferri se acerca a Ítaca, es hora de abrir los ojos y guardar los libros.

EL SIGNIFICADO DE LAS ÍTACAS

por SEBASTIÁN CASTRO T.

• Fotografías por el autor

Boquerón

Morrales al hombro, Tomás Ribeiro y yo salimos caminando de Vathy a las seis y media de la mañana, bajo la llovizna del invierno mediterráneo. Ante la inexistencia de transporte público tuvimos que caminar los siete kilómetros que separan a Vathy, capital de la isla, del puerto de Ítaca-Pisaetos. Tomás, marinero, fumador y porteño de Buenos Aires, perdió su buen humor sufriendo las montañas y no rebajó de “culiao hijo de puta” a cada conductor que ignoró nuestros pulgares suplicantes de aventón. Yo, que me crie subiendo y bajando una loma de La Pradera con más de sesenta grados de inclinación, disfruté el camino. Durante todo el viaje fuimos los únicos pasajeros de a pie.

Desde la colina de Pisaetos vimos el ferri acercarse al ancho puerto de concreto donde esperaban todos los carros y camiones que nos habían pasado de largo. El vientre del buque se abrió y comenzó a tragárselos uno por uno.

—Che, ojalá así marchen al infierno —rezongó Tomás.

—Madurá. Y movete que nos dejan.

En diez minutos serían las nueve de la mañana y el barco zarparía con destino final al puerto de Astakós, en una punta occidental del continente. Así que corríamos ante la mirada burlona de los marineros que comenzaban a soltar las amarras del ferri y llegamos a tiempo frente al encargado de controlar la entrada de los pasajeros. Leyó nuestros nombres en voz alta y nos dejó pasar con una expresión que remarcaba nuestra condición de extraños.

Tomás se negó a quedarse en la cabina de pasajeros rodeado de los culiaos aquellos. Lo enfatizó incluso sabiendo que yo tampoco quería. Mi deseo era ver el barco zarpando, disfrutar la lentitud del buque desprendiéndose de una Ítaca que se iría empequeñeciendo en mis ojos hasta volverse un negativo de la original. Salimos pues a la cubierta de popa y yo quedé absorto entre el ruido de los motores y el borboteo del océano. En uno de esos momentos de silencio interno que acontecen en medio del ruido, recité en mi cabeza el verso final del poema de Kavafis: ¿qué significan las Ítacas? Entonces Tomás, de nuevo el marinero sonriente que disfruta romperme la concentración y las pelotas, me dijo: “Y, no te imaginás el sueño que tuve esta mañana”. En el sueño, Stefanos, quien fue nuestro anfitrión en Vathy, lo llevaba al Palacio de Odiseo de hace trece milenios en el norte de la isla y le mostraba la muerte del héroe. Luego de que este hubiera asesinado a los pretendientes de Penélope y a toda la juventud itacense en el proceso, no hubo dioses que lograran detener la furia del pueblo que

cobró la vida del destructor de Troya y derrumbó su palacio. El argentino me echaba su cuento, que seguro se estaba inventando en el acto, cuando noté lo que no había percibido al llegar. Desde adentro un niño lo interrumpió:

—¡Ítaca es Boquerón!

—¿Qué? Y después el fumao soy yo.

—Pendejo, ¡mirá!

Le dije y me subí la manga derecha de la chaqueta para mostrarle la curva más característica del valle de Aburrá: esa enorme abertura entre la serranía de Las Baldías y la Peña de Don Félix que me tatué antes de irme de Medellín, trastornado por el pensamiento paranoico de golpearle la cabeza y olvidarme por dónde había venido. Si conseguía recordar esa fisura en la cordillera que llega al mar, sabría volver a casa.

—¿Entonces viajaste diez mil kilómetros para ver las mismas montañas que veas desde tu terraza?

—No se ven. Quedan detrás. Pero sí, parece.

—Sí sos pelotudo.

La Ítaca de las cabras

Pastorear cabras es uno de los oficios antiguos que perviven en la isla. Así como en Córdoba hay que poner atención para no matarse a toda velocidad contra las vacas que no conocen alambrado, en Ítaca los conductores andan con las ventanillas semiabiertas para escuchar las campanas que los pastores atan en los cuellos de cabras y ovejas. Cien cabras ocupando una curva ocasionan los embotellamientos más graves de la isla.

Con certeza, solo las cabras montañas quedarán durante los períodos en que por terremotos e invasiones diversas, Ítaca quedó despoblada. Después de la caída del Imperio Bizantino y del dominio latino; durante los avances del Imperio Otomano; antes de la hegemonía veneciana, luego francesa, luego británica...

“La escarpada Ítaca”, usando el epíteto que le dio Homero, es una cadena de montañas conectadas de norte a sur, zo de sur a norte? Ninguna por encima de los mil metros. Pocos planos, ninguna llanura. Faldas rocosas y de vegetación baja. Pequeñas playas de aguas transparentes ocultas entre precipicios. Campos de olivos y viñas antiguas vueltas pasto para ganado. Las cabras han sido y son, por tanto, los habitantes más propios de los peñascos de Ítaca y de las cuevas donde se ocultaban las ninfas. Antes de que los gatos, las actuales divinidades griegas, aparecieran cual cristianismo a homogeneizar lo bello y a comerse las aves agoreras que los dioses olímpicos usaban para comunicarse. Ya no quedan ninfas en las cuevas ni fálicos faunos por los bosques. Cabras y gatos.



En parte por eso, por los gatos, los domingos de invierno los itacenses no se reúnen en los templos ortodoxos. Que las Islas Jónicas sean un reducto de la izquierda griega y que haya pocos habitantes durante la estación fría también pueden ser factores relevantes. No obstante, las dos labores que los itacenses desempeñan con devoción religiosa son pruebas suficientes: encender las velas de los altares y las imágenes en los bordes de los caminos y alimentar a los gatos del culto público.

Montañas, cabras y gatos no hacen la Ítaca de los itacenses, pero son punto de partida, uno que alude a aquello que ven sus ojos y andan sus pies. Un punto de partida para pintar un cuadro diferente al de la Ítaca de los académicos, los arqueólogos y los románticos que durante siglos fueron a la pequeña isla para *no encontrar nada*, anhelando algún palacio que diera cuenta de los sufrimientos de Odiseo y la espera de Penélope. Queriendo encontrar un sustrato material para la narración que inauguró la literatura en Occidente hace ya tres mil años.

La Ítaca de los itacenses es una realidad que se mueve entre ese exógeno anhelo de pasado y el exótico turismo

de verano que hoy sustenta las Islas Jónicas. No hay azar en que las islas griegas se asemejen al paraíso, ni en que ese producto se venda bien: ¿quién no pagaría por nadar en los mares donde nació Afrodita? Caro pagaban los gamonales de pueblo a lo Mejía Vallejo para comprarle un pedazo de paraíso a la Iglesia, y eso que no lo habían visto.

La pregunta importante, entonces, es por el significado de nacer en el paraíso que los otros quieren comprar. Uno donde hoy los campos se ven abandonados y las villas despobladas cuando llega el otoño y el invierno. Donde no hay industria y los modos de vida tradicionales parecen inviábiles. ¿Cómo es ser de la Ítaca de nuestros tiempos?

Stefanos de ojos sonrientes

Luego de una larga travesía pasando por Patra —la ciudad de la que nos dijeron que salían los ferris... y no, solo en verano—, Lejaina, Kyllini y Poros-Ke-falonía (la isla que abraza a Ítaca por el occidente), arribamos al puerto de Pisaetos a la 1:30 de la tarde. Kostas, un funcionario de la alcaldía que lamentaba estar en esa isleta y no en Tesalónica

comiendo, nos dio el aventón de ida. Entonces, atravesando el cristal de las ventanas nos llegó por primera vez la imagen de Vathy, levantada alrededor de la honda y ancha bahía donde el mar es una laguna. En su centro, robándose nuestra atención, avistamos el diminuto islote que sostiene la Iglesia de Lazareto en el centro de la bahía. Sin embargo, más llamativa todavía fue la desolación. A pesar de ser un soleado domingo de invierno, todo estaba cerrado. Ni un alma en el parque junto al busto marmolado de Homero o la bronceína estatua de Odiseo. Ni un solo velero en la bahía que las fotos muestran siempre repleta de punta a punta.

—Y, llegamos a un pueblo fantasma.

—Solo faltan las ventanas tapiadas.

Adivinando en el mapa con la precaria señal que teníamos, Kostas intentó llevarnos al Airbnb que habíamos rentado. Nos abandonó en una esquina de una loma con nuestro todavía más precario griego para intentar conseguir indicaciones en las casas circundantes: “*Yasás... do you know where is Maria's house?*”. Por supuesto que nadie sabía. María al fin respondió por el chat y nos dijo que le diéramos indicaciones de

dónde estábamos. Fue difícil, pues las casas no están numeradas, pero finalmente apareció un pequeño huevo con llantas y en él el autor de los mensajes: Stefanos, el hijo de María, el griego de los ojos sonrientes.

—*Are you lost? Normally people arrive very easily* —nos dijo burlándose con nuestra cara de extraviados en una Comala donde no hablábamos la lengua de los vivos ni de los muertos.

Este es el personaje. Amable, conversador. Sencillo. Uno que hubiera sido nuestro amigo en Medellín, Argentina o cualquier parte del mundo. Más tarde esa semana le propondríamos conversar con calma sobre la isla y él aceptaría dejarse conocer, en la noche, tomando un café.

Stefanos y Artemis

En verdad fueron ocho botellas de vino. Pero pequeñas, porque Grecia ya no es el país de Dionisio y el vino es caro. En el bar Avli, el moderno punto de reunión de la juventud itacense después de las siete, no sonaba tango, por supuesto, pero tampoco Theodorakis ni música griega alguna. Como en cualquier bar del mundo, la selección iba de Queen a



muchos pueblos los estudiantes protestaron frente a las estaciones de policía y se tomaron los colegios. Vathy no fue la excepción y Tomás y yo escuchamos con sorpresa que un evento en un barrio de Atenas afectó la aparentemente imperturbable calma de las paradisíacas y vacacionales Islas Jónicas.

Después, Stefanos vivió en Atenas, estudió en Creta y sirvió en el ejército a lo largo de las islas griegas. Quería viajar y experimentar la doctrina militar, para rechazarla.

¿Por qué volviste a Ítaca?, ¿qué tiene para hacer un físico aquí? Le preguntamos con cierta ingenuidad, víctimas del sesgo de las profesiones, como si un físico solo pudiera estar en la Nasa, en una universidad o en algún complejo ayudando a diseñar cohetes para volar a la luna o misiles para volar la Tierra. Al principio la respuesta fue sobria y simple: la madre y el estilo de vida.

¿El estilo de vida de quién?, le repetimos, casi acusándolo con la sensación de vacío que no nos había abandonado durante los primeros días en Ítaca. Ni siquiera aglomeraciones afuera de los templos, ni en las plazas, ni en lado alguno. Solo pequeños grupos en pocas cafeterías: ¿dónde estaba la gente?

De eso se trata, nos explicó Stefanos. En invierno muchos itacenses se van porque se acaba el trabajo con el turismo y en la isla se está produciendo poco. Están dejando perder los olivos y las viñas. Por eso no hay mercado. Cada cual se encierra en su casa y no hay lugar ni razón de reunión. Vuelven en verano a vacacionar y a mover la industria turística.

Realmente, fue durante la pandemia que Stefanos volvió a establecerse en Ítaca. Muchos de los jóvenes itacenses volvieron por la contingencia. Durante ese tiempo, Stefanos y sus amigos intentaron “retomar la comunidad”. Caminar la isla. Reunirse. Pensar en qué puede ser de la isla además del turismo, cuando este falte o se acabe. Porque, lo saben, no va a durar para siempre. ¿Cómo es posible que ya no pesquemos? Pregunta Stefanos. El pescaba cuando era niño, tal como los niños que Tomás y yo vimos con cañas esa tarde en la bahía, pero esa actividad lúdica no alimenta a la gente. Un pueblo de pescadores que ya no pesca. Olivos que no dan aceite. Viñas que no dan vino. Navegantes que recorren la isla en carro. Stefanos no sabe qué, pero algo quiere hacer al respecto.

A la conversación se une Artemis, la amiga de Stefanos que ha estado silenciosa. Bebemos mientras ella expresa su molestia con los que solo vienen locos por Odiseo. ¿Qué tiene que ver el antiguo patriarca con ellos?, ¿qué tiene que ver con la isla? Ni siquiera hay inversión en excavación arqueológica y en estudios serios sobre el asunto. En el norte hay una arrume de piedras y se dice que cerca debía estar la villa legendaria. ¿Pero eso qué cambia para la gente? Ellos, por lo demás, no tienen un contacto especial con esa cultura, solo es un buen producto. De Homero y sus poemas saben poco, acaso sobre una muerte que aparece en algún libro de escuela donde el héroe muere a manos de un hijo suyo que lo mata con su propia arma. Yo digo que eso viola las normas de la narrativa homérica y ella no se acuerda de la fuente, ¿qué importa al fin y al cabo?

Artemis nos habla de su trabajo, como para volver a la cuestión de las profesiones, las juventudes y sus territorios. Mientras Stefanos, el físico anarquista, da clases privadas de matemáticas y ciencias para jóvenes, Artemis tiene un trabajo como arquitecta. Su tesis, muy simbólica para el caso, fue en rehabilitación de ruinas. Para quienes construye, es algo que parece quitarle la sonrisa.

Stefanos nos llevó de vuelta en el pequeño carro de su madre. Nuestra casa quedaba al frente de la suya, en la calle

Penélope. Esa noche decidió además mostrarnos el interior de su apartamento, el que había restaurado él mismo: el trabajo de la madera, la pintura, la cocina. Nos enseñó su biblioteca y entre ella su libro preferido: *Homenaje a la Ítaca de la Resistencia* de Lefteris Eleftheratos, un relato sobre cómo los itacenses resistieron y combatieron a los nazis durante la segunda guerra mundial. “Aquí reconozco piedras en las que me he parado y hasta personas de las que conozco su familia, como el abuelo de Artemis”.

Es por esa noción de la Ítaca en resistencia que Stefanos se queda. Sonriente en su lucha silenciosa de crear un lugar en el que se pueda vivir y permanecer, una batalla cotidiana menos hollywoodesca que combatir a los nazis. No sea que un día, cuando no lleguen más los turistas, de nuevo solo queden en Ítaca las cabras, y todos tengan que irse a alguna barriada en Atenas a cambiar golpes o balas con la policía.

Entre Ulises y Odiseo

—¿Acabaste con tu pelotudez sentimental? —me preguntó Tomás mientras Ítaca-Boquerón se perdía en el horizonte—. Y, el sueño me hizo acordar de lo que dijo Borges sobre Dante como otro Ulises...

—Qué me vas a contar... Si hasta Borges escribió bobadas.

Igual me contó.

No pasó mucho tiempo hasta que tuvimos que entrar a la cabina. El cielo que era de un azul plumizo pronto se disolvió en lluvia. Sin la fuerza de un aguacero tropical, la lluvia helada por el Bóreas y los otros vientos del norte es insostenible durante mucho tiempo. Incluso para nosotros que mirábamos con pasión las nubes enredándose en las montañas. Adentro, una rubia enorme y amable servía café a la manera griega para la gente aperezada por el frío y la madrugada.

Nos hicimos junto al calefactor y por la ventana vi las altas y áridas montañas continentales que anunciaban la cercanía de Aastakós. Llegaríamos al puerto al mediodía y tendríamos que correr para alcanzar un bus que saldría antes de la una rumbo a Mesolongi, la ciudad de las ninfas soprano, y de allí otro bus nos llevaría directamente a Atenas. Unas cinco horas en buses que suena a eternidad para los europeos y a paseo para los latinoamericanos. Era la vía alterna a nuestra travesía de llegada. La ruta más fácil y directa. Económica en tiempo, pero pobre en aventura.

El viaje llegaba a su fin. Como sabía que Tomás no se podía callar la boca. Recité, esta vez en voz alta, los últimos versos del poema de Kavafis. ¿Qué significan las Ítacas?, le pregunté al marinero.

—¿Que no viste la isla? Claro, qué ibas a ver si solo viste otras montañas.

—Y vos hablando de sueños, Dante y otras gúevadas.

—Ah, pero es que eso hace parte. ¿Por qué crees que Stefanos nos mandó a Stavrós?

Era verdad. Stefanos nos había recomendado ir al norte. Debíamos ver las



ruinas con nuestros propios ojos, si tanto nos interesaba la Historia.

Fuimos. Más allá del pueblo de Stavrós, las excavaciones arqueológicas que se detuvieron en 2009 revelaron las ruinas de un palacio micénico en el sitio conocido como Escuela de Homero. Un palacio que quiere ser reconocido como el anhelado palacio de Odiseo y que recostado contra la colina vigila dos puertos que se abren hacia dos mares. En el sitio, que está abandonado y al cual entramos como Pedro por su casa, se distinguen las llamadas piedras ciclópeas: elementos de construcción tan grandes que difícilmente podrían transportar los hombres. También se ven las escaleras de piedra desde las cuales Penélope arengaba a los pretendientes y por las cuales se derramó luego su sangre a manos del rey furioso y de su hijo Telémaco.

Da vergüenza decirlo, pero en el posible palacio sentimos el alivio de quien llega a destino. A pesar de los pensamientos compartidos con Stefanos y nuestra intención de valorar la Ítaca presente y a sus gentes, queríamos reconocer algo de la isleta legendaria que tantos trataron de encontrar sin suerte, como sin suerte muchos buscaron Troya hasta que un prusiano, el recordado Heinrich Schliemann, la desenterró en Turquía. Quizás solo para dar cuenta simbólica de las guerras que nunca acaban. Y por que las Ítacas míticas de Ulises y Odiseo también hacen parte, se quiera o no, de la del presente. La arqueología ayuda a darle cuerpo a esos fantasmas antiguos que la cimientan.

Evocando el mismo personaje, en la cultura han convivido las dos caras opuestas de la moneda. Por un lado está el Ulises latino que Dante, el teólogo, visita en su infierno cristiano: la cara común a nuestro tiempo, el arquetipo del explorador, de aquel que quiere ir más allá de todo límite. El ingenioso hombre que va a la guerra. El



ambicioso. El individuo eternamente insatisfecho.

Por otro lado está el Odiseo homérico, aquel que no quería dejar su casa para ir a la guerra y que al final lo hizo por lealtad. Aquel repetidamente catalogado como el más desgraciado de los hombres. El que aparece en la *Odisea* por primera vez llorando entre las rocas, atrapado durante siete años en la isla de Calypso que lo tienta con la inmortalidad y la eterna juventud: esas cosas que muchos desean. Odiseo es el que rechaza ser otra cosa distinta a un mortal, aquel que afirma la vida y acepta su destino con orgullo, echándose a la mar para volver a casa.

No es pues esencialmente el de los viajes de conocimiento y placeres de Kavafis. No es ni el hedonista ni el turista ni el *ex-pat*. Es el que da la vida por los suyos porque solo junto a los suyos la vida vale la pena. Ese es el héroe, el otro es un pirata. ¿Acaso Penélope es más hermosa?, pregunta la telosa oceánide. Es innegable, Calypso, que eres incomparable en estatura y belleza, pues eres una diosa. Nada más dice el prudente y la seduce para que no lo mate. Pero la respuesta es clara: no se

trata de la belleza. Compartimos el destino mortal. Yo la escojo como escojo esta vida que no escogi: la amo y ella me ama de vuelta. Un trovador cubano, Silvio Rodríguez, evoca en *Pequeña serenata diurna* el canto de este Odiseo al cumplir su último trabajo del remo y volver a Ítaca para envejecer y encontrar en paz la muerte, según decretaron los dioses: “Vivo en un país libre, cual solamente puede ser libre en esta tierra, en este instante...”.

Las Ítacas seguirán significándose entre sí. Chocando. Ocultándose y revelándose las unas en las otras. De acuerdo a la intención, aparece una u otra cara. Eso, en especial, para Tomás y para mí que la vimos desvanecerse tras la lluvia y sumamos imágenes de océano y tormenta al testimonio de Stefanos y al reciclaje incesante de los mitos.

La Ítaca concreta, no obstante, tiene un significado sencillo. Es el mismo que tenía para el personaje de Homero. Se trata de un significado que solo es alcanzable para algunos de sus habitantes, para los Odiseos y los Stefanos, para aquellos que la llaman casa: se trata del lugar por el que se daría la vida, pues está hecho de las gentes amadas. ☺

Historia de cómo la capacidad de concertar de una comunidad del barrio El Salvador, de la comuna 9 de Medellín, se convirtió en un proyecto piloto de energía solar que es pionero en América Latina.



La primera comunidad solar del país se cultivó en la terraza de don Rodrigo



Un sistema con 43 paneles fue instalado en tres viviendas para este proyecto de comunidad solar. FOTO EPM

Mucho antes de que los equipos de prensa llegaran con cámaras de televisión, micrófonos y drones para registrar el inicio de operación de la primera comunidad solar de Colombia, quien abrió esa posibilidad fue Rodrigo García, un vecino de toda la vida del sector La Estrecha, en la comuna 9 de Medellín.

Así lo cuenta su propio protagonista, que lleva más de 50 años habitando ese rincón del oriente de la ciudad y que, sin saberlo, empezó a edificar ese proyecto comunitario cuando a finales de 2020 aceptó una invitación de la Escuela de Ingeniería de Antioquia para instalar un panel solar en el techo de su casa.

“Hace cerca de tres años, la universidad nos hizo una oferta de colocar unos paneles solares. Que eso era un experimento para ver cómo se producía la energía solar y no tenía ningún costo. Nosotros accedimos a ese primer beneficio y desde entonces pasamos de pagar \$80 mil a pagar \$10 mil al mes o, a veces, absolutamente nada. Por los buenos resultados nos contactaron tiempo después para el proyecto del plan piloto de energía solar comunitaria y nos pidieron el favor de que les colaboráramos con los vecinos. Aunque hubo algunas dudas en un comienzo, lo pudimos sacar adelante porque la cuadra es muy unida y fuimos perseverantes”, cuenta Rodrigo García.

Esa logística de reunir vecinos para contarles del proyecto, conjurar los mitos y convencerlos de los beneficios de la energía producida con paneles solares tardó meses y fueron algunos de los retos que durante 2022 lideró Rodrigo García con el apoyo de las empresas que lideraron el proyecto: EPM, la Universidad EIA, ERCO y NEU. También, fue el momento para concertar decisiones difíciles como dónde irían ubicados los paneles y cómo se distribuirían las ganancias de lo que allí se generara.

Al final, 24 familias de la cuadra se unieron al plan piloto y recibirán los beneficios derivados de los 43 paneles solares instalados en los techos de tres viviendas.

Eugenia Duque Mejía, de la gerencia de Nuevas Soluciones de EPM, explicó que el proyecto inaugurado a finales de abril en el barrio El Salvador es muy importante porque la comunidad es protagonista y porque implica una nueva forma, más incluyente, de prestación del servicio:

“Es muy relevante porque los usuarios tienen acceso al uso de la energía solar sin necesariamente tener los paneles en su propio techo. No importa que no tengan la capacidad adquisitiva y financiera cada uno de forma

individual, pero el kilovatio hora generado con esos paneles comunitarios sale más barato que si se genera en cada vivienda por individual. Elegimos la generación distribuida y no la autogeneración y la energía que se genera se le vende a la red”, dice Duque.

La funcionaria detalló además que en este plan piloto los cerca de 3.000 kWh/mes que se generan en la Estrecha se venden al sistema nacional por lo que se convierten en una especie de saldo a favor. Luego, por medio de una plataforma digital, se convierten en puntos que benefician a todos los miembros de la comunidad con una reducción en su factura de servicios. Aunque las familias aún no lo ven reflejado porque apenas lleva días en operación, las estimaciones indican que la reducción podría ser del 15 o el 20 % de lo que pagan actualmente.

¿Por qué es un proyecto sui generis?

José Manuel Restrepo, rector de la Universidad EIA, explicó que parte de la clave del proyecto implica la construcción y el aprovechamiento del tejido social en el barrio y de una cultura ciudadana que apuesta por la transición energética: “Este es un proyecto que hace historia y si somos capaces de replicarlo en otros barrios y lugares del país puede ser un hito grande. Esto demuestra que hay que bajar ese concepto de transición energética que muchas veces lo ubicamos por allá en las estratosfera y mostrar cómo beneficia al ciudadano de a pie”.

María Elena Rave, otras de las vecinas beneficiadas con el proyecto, contó que además de la reducción de tarifas que ayuda a la economía de los hogares, en el barrio están orgullosos por haber llegado a un acuerdo entre todos para que los recursos generados con los paneles se redistribuyan por partes iguales.

Además, valoró que las capacitaciones fueron muy claras y que es muy valioso que cada vivienda tenga un medidor inteligente que les permita ver en tiempo real el consumo de los hogares para entender cómo ser más racionales en el gasto y ser más conscientes con el cuidado de ese recurso.

Más allá de las empresas vinculadas, el piloto de la comunidad solar contó con financiación internacional a través de la UCL (University College London) y de la Real Academia de Ingeniería del Reino Unido. Esto permitió la viabilidad técnica y tecnológica y que las 24 familias que integran la comunidad solar no tuvieran que invertir dinero para participar del proyecto.



SIMETRÍAS
ROTAS
_Diana Roa

camino de espaldas
respiro el mismo aire opaco
que aquella bacteria sumergida
en el caldo primigenio

castigo a mil generaciones
con el ruido ciego de mis átomos
que giran
y se estrellan
y se mueven en contra de sí mismos

recelo a los abismos
de mi propias fuerzas
y sólo reconozco
una breve
masa
inerte

la misma que da vida a la orca
al cien-pies
al asesino de mujeres
a la señora que camina entaconada

la partícula de Dios
la fuerza elemental
el modelo estándar

son mi única noción de resistencia

LECHE
_Stefanía Rodríguez Campo

Agarrado de mi pezón succiona este bebé
algo dentro de mi cuerpo es capaz de hacer leche
cuando nació reptó
por la línea negra de mi ombligo
siempre ha sabido dónde quedan mis tetas
se las restriega
le pertenezco
no sé de dónde sale este líquido viscoso
ni cómo lo produzco
ya no entiendo de matemáticas, menos de cuentas
cuando mi marido me dice que el mercado costó
trecentoscincuentamilpesos
nada aparece en mi cabeza
es que estoy haciendo leche, me digo
como también me digo que hacer leche
necesita más energía que hacer palpar el corazón
antes hacía palpar dos corazones
¿si este bebé existiera
podré yo seguir existiendo en este cuerpo
cuando deje de ser mío
mientras hace otro cuerpo
adentro que luego estará sobre mí?
¿podré volver a dibujar números en mi cabeza,
sistemas, patrones, matrices?
No hay bebé
No hay marido
Estoy aquí viendo mis tetas en el espejo
las grietas que saldrían en cada pezón
la sangre y la costra
ya no cabrían en mis manos, pienso en
las encías imaginarias
que intentan, a toda costa,
alimentarse de mí.

TRES
POEMAS

ANOMALÍA
DEL BORDE
_Felipe Sánchez Villareal

Que la córnea sea redonda como la Tierra
me dijo el oculista
es la condición de posibilidad de la mirada

La imagen aparece
cuando una forma
se emplaza
sobre
sí
misma
o un círculo calza
con precisión
dentro de otro

La tuya no es una esfera
me explicó
es más un grano de avena
o un balón de rugby
y por eso en tu cerebro
la imagen
no termina
de formarse

Entre tu córnea y la Tierra hay
un desajuste
un tajo que sobra
un silencio mínimo

Alterado el contorno
la visión se nubla
y llega la fatiga de intentar
inútilmente
que encajen
las esferas
y reducir a cero
entre ojo y mundo

Solo hasta hoy
que perdí mis lentes
pude al fin entender
lo que el oculista
nunca quiso decirme:

que en la anomalía del borde
detrás de las líneas que vibran
algo se revela

que la Tierra no es
completamente redonda

y que solo a tientas
en la bruma y de reojo
aparece el poema

la distancia



Una publicación de
cinéfagos.net

Canaguar 

Revista de cine colombiano

 canaguar.cinefagos.net



comfama

En vez de sembrar
un árbol,

**SEMBREMOS
BOSQUES**

Pensemos en red